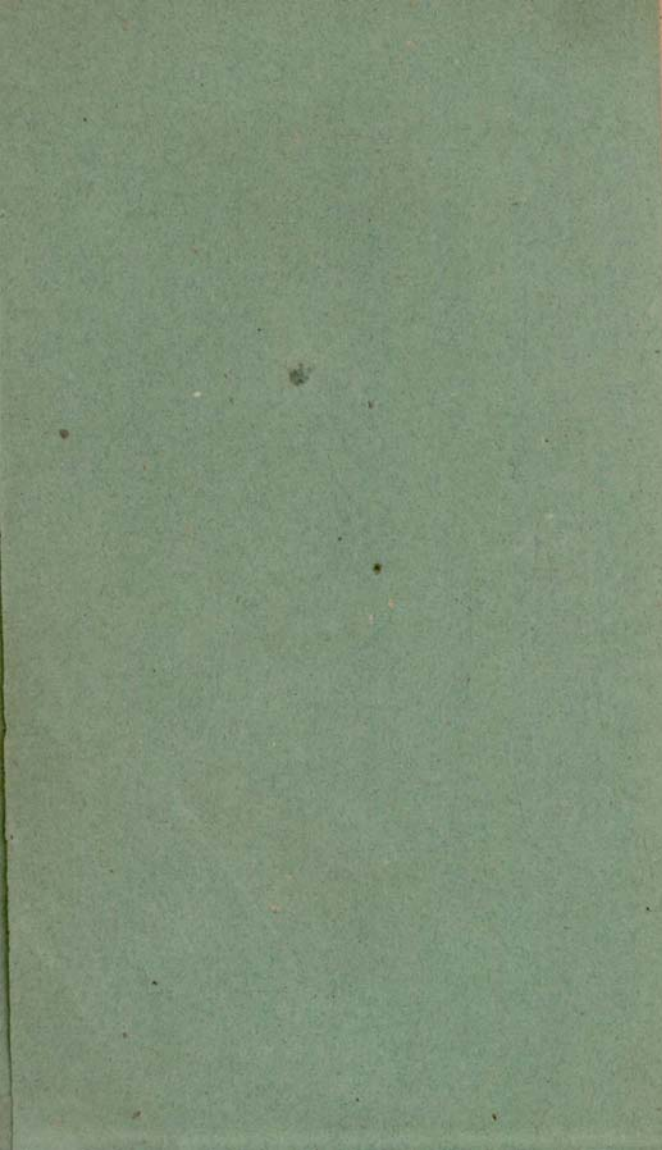


AL. / F. 18-2











LOS MENDIGOS.

HISTORIA FLAMENCA

DEL SIGLO XVI.

ORIGINAL DE

Don Juan Jacobo de Fuentes.



ALMERIA. = 1854.

Imprenta de la Viuda de Duimovich,

à cargo de D. Diego Negrete.



ESTOCADAS.

Los últimos rayos del sol en su ocaso doraban las veletas de los campanarios de la ciudad de Mastroich y la noche avanzaba lentamente: noche de otoño rica en poesía, en magestad y en calma.

Caminaba un hombre embozado en una larga capa, y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, que ocultaban su rostro, por una estrecha calle que pertenecía al barrio de Vich, el mas pobre y solitario de la ciudad. Mas de una curiosa vieja al verlo deslizarse rápidamente como una sombra cerró con precipitación su ventana, recibiendo en pago de su curiosidad un susto no pe-

queño, hijo de sus supersticiosas ideas. Despues de haber caminado largo rato, empujó violentamente la puerta de una casa de miserable aspecto y penetró en ella sin que nadie saliera á recibirle ni á oponerse á su entrada. Lo mismo que aquel embozado fueron llegando sucesivamente otros muchos con la misma rapidéz y el mismo silencio, y penetraron en la casa con igual misterio.

Brillaban en tanto las principales calles de Mastrich perfectamente iluminadas, y las tiendas de sedería y ropas estaban pobladas de bellas flamenecas de cabellos rubios, ojos azules y rostro de ángeles, los mismos que sirvieron de modelo á Rubens para sus vírgenes y matronas. Enfrente de la tienda de un comerciante judío, mas espléndidamente iluminada que las demás, y recostado negligentemente contra el quicio de una puerta, estaba un mancebo como de veinte á veinte y cuatro años. Su tez algo morena, sus ojos negros, su bigote retorcido de un mado particular, y mas que todo cierta soltura y esbeltez de formas que no suele ser muy comun en los flamencos, lo delataban como extranjero, y aun hacian que se le reconociese como hijo del mediodia de Europa. Habia

cambiado veinte veces de posicion, aunque sin separar la vista de la tienda, y ya empezaba á rebelarse su sangre meridional contra aquella pesada centinela, cuando salieron dos damas de la tienda del judío á quienes siguió el jóven, no sin embozarse antes y escupir con arrogancia. Largo trecho caminó tras ellas recatándose en la sombra por un laberinto de calles y callejuelas: ya habian dejado tras sí hacia bastante tiempo la parte céntrica y animada de la ciudad, internándose en un barrio pobre y oscuro, cuando al volver una esquina las damas dieron un grito de espanto y volvieron hácia atras huyendo cual dos gacelas. perseguidas por tres hombres de repugnante traza. No se lanza el rayo de las nubes con mas rapidéz que el jóven desconocido sobre ellos blandiendo su espada. De una estocada tendió sin vida á uno de ellos, los otros dos tuvieron tiempo de prepararse, y se lanzaron sobre él con los aceros desnudos, creyendo sin duda que seria algun menestral á quien podrian vencer fácilmente, pero se equivocaron. Guardó el desconocido su espalda con la pared: de un vigoroso quite hizo saltar por el aire la espada de uno que huyó precipitada-

mente, y al otro lo atravesó de parte á parte, haciéndole caer exánime junto al cadáver de su compañero. Acabada la refriega tendió en torno suyo una mirada buscando á las dos damas; pero estas durante el combate habian desaparecido.

Dejó entonces escapar una maldicion el valiente jóven, envainó su espada y embozándose con ira se alejó perdiéndose como una sombra entre las estrechas y tortuosas calles.

Maldito encuentro, iba diciendo en voz baja, sin esos bribones hubiere yo descubierto la habitacion de esa muger que hace quince dias es el ángel de mis sueños y la sombra que me acompaña á todas partes. Es cosa particular que siempre que quiero seguirla se ha de atravesar en mi camino alguna cosa que me lo impida; no, pues como la vuelva á ver la he de seguir tan de cerca que no se me vuelva á escapar. Abismado en sus pensamientos habia caminado maquinalmente un largo trecho, mas se paró de repente confuso y desorientado, pues no sabia en donde se hallaba ni qué calle habia de seguir. Se encontraba en una callejuela estrecha y solitaria envuelto en la mayor oscuridad; nadie transitaba que le pudiese ser-

vir de guia, y por lo tanto determinó pasar la noche recostado contra el quisiso de una puerta.

Para un militar acostumbrado á pasar noches enteras sobre las piedras de una muralla, no era este un costoso sacrificio; se embozó en su capa y se recostó contra la puerta de una miserable casuca; pero con alguna sorpresa sintió que la puerta cedía, dejándole abierta la entrada de un oscuro y largo pasadizo. Magnífico, dijo con tono alegre y resuelto: de pasar la noche bajo techado, á pasarla al sereno hay una notable diferencia; y sin reflexionar se internó temerariamente por el pasadizo. Caminó un buen rato á tientas en medio de la mayor oscuridad; por fin empezó á percibir un débil rayo de luz que se iba agrandando á proporcion que caminaba, y últimamente se encontró delante una puerta detras de la cual se escuchaba un murmullo de voces contenidas. La puerta era vieja y no le faltaba rendijas y agujeros; por uno de ellos dirigió una investigadora mirada y se sorprendió al ver un salon no muy pequeño, un considerable número de hombres embozados que hablaban misteriosamente en voz baja, y que dirigian de cuando en cuando miradas á la puerta,

como esperando ver aparecer alguu sugeto. Quedóse inmovil y turbado el desconocido sin saber qué partido tomar. si el de retirarse ó el de presentarse en medio de aquella reunion de hombres que mas traza tenian de conspiradores que de otra cosa. Lo primero repugnaba á su natural valentia, lo segundo era una temeridad, sin esperanza de feliz resultado, una imprudencia que tal vez podria pesarle. Habian trascurrido algunos minutos cuando sintió en el callejon las pisadas de alguno que se acercaba. Se apartó con prontitud y silencio de la puerta, ocultándose en un hueco que habia tras ella: desde allí vió llegar un hombre de alta estatura que al entrar en el salon fué saludado con muestras de profundo respeto; volvió á cerrarse la puerta y tornó el jóven á su puesto de observacion.

Mas antes de continuar debemos echar una ojeada sobre el estado político de la Flandes en general y de Mastrich en particular.

Despues de una larga dominacion española que nunca llegó á ser completa, se despertó en los flamencos el natural deseo de hacerse independientes, á pesar de que los vireyes que en nombre de

Felipe II la habian gobernado procurando siempre el bien de sus gobernados en cuanto les fué posible. Fomentaron hábilmente los parciales del príncipe de Orange las ideas de los descontentos, á fin de que este consiguiese hacerse dueño del poder que era lo que apetecia. Apoyaba las pretensiones del Príncipe el rey de Francia Enrique III, pero su proteccion no era desinteresada pues aspiraba nada menos que á la corona para su hermano el duque de Anjou, el cual penetró en Flandes poco despues con el carácter de auxiliar al frente de un respetable cuerpo de tropas, llamado por unos cuantos *malcontentos*, que era el nombre que se daba á los que aunque en rebelion con la España defendian la religion católica.

Eran entonces los Países bajos teatro de una porcion de intrigas, de facciones y combates: unióse á los partidos del de Orange y Anjou uno nuevo, formado en su mayor parte de aventureros y de hereges ó sea sectarios de Calvino y de la reforma, el cual se puede decir que era el peor, pues no respetaba nada ni tendia mas que al pillage y la destruccion, siendo á los que componian este

partido á quienes mas particularmente se designaba con el nombre de *mendigos*.

Tal era la situacion de la Flandes cuando fué á gobernarla el duque de Alba, varon ilustre, excelente militar, y en quien depositaba su confianza Felipe II. De las 17 provincias que componian los Países bajos solo tres reconocian la dominacion española, estando las demás en completa rebeldia, teniendo por gobernador los Estados, á un archiduque llamado Matias.

Mastrich, plaza importante, porque con la ocupacion de ella se podia impedir la entrada á los alemanes que venian en auxilio de los rebeldes, y Amberes, ciudad tambien de gran importancia, fueron las primeras que se propuso ocupar el duque de Alba, lanzando de ellas á los facciosos que bajo distintas banderas las ocupaban, y cuando se hizo dueño de Mastrich, mandando un ejército bastante repetable, el príncipe de Orange que acaudillaba mas de veinte mil hombres, situó sus reales tan cerca del enemigo que solo los separaba el rio Mosa.

Volvamos al desconocido que continuaba mirando atentamente por las rendijas de la puerta

aquella estraña y misteriosa reunion. Despues que se calmó la agitacion que produjo la entrada del al parecer esperado personaje, tomó la palabra uno de los que alli estaban y con una voz grave y solemne espuso los males que pesaban sobre Mas-trich con la residencia del Castellano y la imperiosa necesidad de hacerle salir de ella á cualquier precio, pues les tenian interceptada la comunicacion con sus amigos de Alemania. En pos de aquel tomó la palabra otro y al escucharlos el jóven no le quedó duda de que se hallaba en una reunion de conspiradores. La prudencia le aconsejaba huir, pero la curiosidad y si se quiere el deber, le hicieron que continuase escuchando imprudentemente.

Los espíritus se iban acalorando, habian tomado y dejado la palabra varios y el que hacia de presidente de aquella reunion, que era el que el jóven vió entrar, con la habilidad de un gran político habia calmado el perjudicial entusiasmo de unos y animado la tibieza de otros. Era este personaje de estatura alta y magestuosa, y su voz tenia un timbre sonoro y firme.

Cuando con mas atencion escuchaba el desco-

nocido, sintió que lo sujetaban por detras al mismo tiempo que una voz aspera le intimaba que no se moviese si no queria morir. A pesar de no tener defensa alguna hizo un movimiento el valiente mancebo; mas en el instante sintió la fria punta de un puñal penetrar en su pecho y volvió á oír la misma amenaza aunque por distinta voz; resistir hubiera sido una locura; le habian cogido la accion y estaba perdido sin remedio.

Le ataron los brazos á la espalda con un cinto, abrieron la puerta del salon y se encontro de repente delante de los conspiradores admirados con aquella estraña visita.

Los que le habian sorprendido dijeron que al entrar por el pasadizo, divisaron aquel bulto junto la puerta, que se habian acercado, y que para no alarmarlos habian atado silenciosamente á aquel espia, pues no podia ser otra cosa.

Al escuchar las palabras de los recién llegados, y al ver al jóven, se levantó un murmullo sordo; varias veces dijeron: muera el español, es espia del duque de Alba, y se formó en torno del desconocido un circulo de conspiradores que cada vez se iba haciendo mas compacto.

A pesar de que conocia el peligro en que se hallaba, el jóven se mantenía firme y sereno, dominando con una mirada arrogante y provocativa á todos cuantos le rodeaban. Abrióse paso al que al parecer era jefe de aquella reunion, lo contempló un instante en silencio, y despues en voz severa le dijo:-

=Quién sois?

=Un capitan de los tercios españoles, como podeis conocer por mi traje, le contestó el desconocido.

=Cuál es vuestro nombre?

=D. Fernando Valdés.

=Por qué habeis llegado hasta aquí?

=Porque la casualidad me ha conducido.

Concluido este breve interrogatorio se quedó pensativo el jefe un instante, y volviéndose despues hácia los conspiradores, les dijo así:

=Señores, qué pensais se debe hacer con este jóven?

=Que muera, contestaron varias voces, es un espia y puede perdernos.

Al oirse llamar espia por segunda vez D. Fernando, se llenó de cólera, y cuadrándose con la

arrogancia de un valiente, y lanzado en torno suyo una mirada centelleante, dijo:

=Miserables: miradme despacio: tengo yo el aspecto de espia? Matadme si os place, pero no seais tan cobardes que me insulteis.

Al escuchar aquellas palabras, dichas con todo el fuego y la nobleza de un caballero, cesaron los murmullos y un profundo silencio reinó en el salón.

Atadlo bien y encerradlo en esa habitacion mientras deliberamos qué hemos de hacer, dijo á los que le habian apresado el hombre de la gran estatura, señalando á una puerta que tenia á su izquierda: cumplieron el mandato aquellos y encerraron al jóven en un cuarto dentro del cual reinaba la mayor oscuridad.

Desde allí escuchó el sordo murmullo de las voces, y pudo distinguir varias palabras como de arrojarle al Mosa... ha sorprendido nuestro secreto y debe morir.

Quién es el hombre, por mucho que sea su valor, que en una situacion semejante, es decir, cuando se estaba decidiendo su vida ó su muerte, no siente su frente bañada de un sudor frio, y no

trae á su memoria los recuerdos mas gratos, y las mas bellas esperanzas para darles su último adios!

«España mia ! decia mentalmente D. Fernando, ya no te volveré á ver, ni á vosotros lugares queridos de mi infancia, ni á tí tampoco mujer hechicera, causa inocente de mí fatal situacion; esperanzas risueñas de gloria y de amor, adios para siempre...

De repente y cuando con mas ansiedad procuraba oir, sintió los pasos de una persona que caminaba con cautela, y por el crugir de la seda y por la vaguedad de las pisadas conoció que era una mujer la que se acercaba; al mismo tiempo una voz temblorosa murmuró á su oido.

—Segidme con el mayor silencio posible: si quereis salvaros.

Una mano suave se unió á una de las del caballero y le guió hasta una habitacion alumbrada por una lámpara: y alhajada con gran suntuosidad. Creyó estar soñando el pobre mozo cuando merced á la luz reconoció en su libertadora á la jóven á quien habia librado aquella misma noche del libertinaje de unos groseros malvados, á la

que amaba y habia seguido | diferentes veces: quiso hablar, pero colocando ella uno de sus sonrosados dedos sobre los lábios, intimándole silencio, le señaló una ventana, que daba al rio Mosa. No habia tiempo que perder si queria salvar su vida: pero sin embargo, quién en su lugar no hubiera sido imprudente? Se arrodilló delante de la jóven con una especie de adoracion y la suplicó que le digese su nombre para poder pronunciarle mil veces al dia, y bendecirle hasta el último momento de su vida.

=Me llamo Laura, le dijo la jóven ruborizándose, y jnradme á fé de caballero que á nadie direis lo que hallais visto ú oido: juradlo por lo que mas amais.

=Lo juro por tí, Laura mia, que eres lo que mas amo en el mundo: por tu amor que será mi vida... contestó D. Fernando.

Cuántas veces el amor, esa alma del alma nos hace olvidar la muerte, y por cerca que la veamos nos fascina y enloquece!

Laura, mas bella que los sueños de un ángel, que la ilusion mas hechicera de un poeta, al escuchar al jóven se olvidó un instante del peligro

que corria; y trémula con los ojos llenos de lágrimas y el corazon palpitante con la embriaguez del amor, se inclinó delante del gallardo capitan que la estrechó entre sus brazos sellando sus juramentos con un beso, el primero, el mas dulce, el mas puro don del amor; el lazo que unió dos almas que tal vez no se unirían sino en la eternidad. Un confuso rumor de voces llegó hasta los amantes.

=Huid!... dijo Laura poniéndose delante de la puerta como para impedir que llegaran hasta su amado, huid por piedad...

Adios Laura mia, dijo don Fernando, y su último adios se perdió ahogado por el ruido que hizo al caer en el rio.





I.

UN POETA EN EL SIGLO XVI.

POBRE y mezquina era la casa que habitaba Ivo Meuse; edificada á orillas del rio, sobre estâcones medio podridos, amenazaba arruinarse el dia menos pensado sepultando con ella á su dueño, que por cierto hubiera sido muy llorado y su muerte cantada y recitada en todos los tonos posibles por los habitantes de Mastrich, pues Ivo era un gran hombre, un génio, era en fin un poeta: todavia despues de algunos siglos, cantan las jóvenes de aquella ciudad y las de Loewestein y Dordrech sus bellísimas baladas.

La una de la noche habia dado en un reloj, y aunque la luz de su candil se iba amortiguando por faltarle alimento; aun continuaba |delante de una desvencijada mesilla llena de libros y papeles escribiendo con un ardor febril, y lanzando á cada instante miradas llenas de ansiedad á la luz como temiendo que dejase de alumbrarle. Era el poeta jóven y bien parecido, aunque bastante alto y delgado con extremo, en sus grandes ojos azules se leia un alma bondadosa y apasionada, al par que una profunda melancolía que podria ser hija de su miseria ó de otra causa, pues se decia que Ivo estaba perdidamente enamorado, como se enamoran los poetas; mas nadie sabia decir de quien. No dejaban por eso muchas jóvenes flamencas de suspirar y seguirle con la vista cuando pasaba triste y ensimismado por delante de ellas sin dirigirles una mirada, enorme delito que no le perdonaban mas de cuatro, especialmente la linda Gudula, la hija de un especiero tan avaro como rico.

De repente la luz del candil se apagó y el jóven dió un grito de desesperacion, cual si con el último destello le hubieran herido mortalmente;

parecerá un poco extraño esto; mas Ivo veía huir con el postrero y fugitivo chizpazo una esperanza, y Dios solo sabe cuanto ama una esperanza el que no tiene otros bienes que esperanzas.

Infeliz Ivo, hélo ahí envuelto en la mayor oscuridad, sintiendo correr por sus mejillas lágrimas ardientes y silenciosas como su dolor: mas hé aquí que en el mismo instante llamaron fuertemente á la puerta de la casa que daba á la calle. Se levantó sorprendido de que á aquella hora pudiese ir nadie á buscarle, y descendió á tientas los quince ó veinte escalones que lo separaban de la puerta.

Preguntó al llegar ¿quien llama? Y una voz débil como la de un moribundo le respondió: abrid por el cielo.!!....

Con la luz que le proporcionó una vecina pudo ver tendido en el umbral de la puerta de su casa á un jóven militar, cuyo uniforme era el de capitán de los tercios españoles que ocupaban á Mastrich, y acaudillaba el duque del Alba. Estaba desmayado y no muerto como creyó al principio, y la causa de su desmayo habia sido sin duda la sangre que perdiera por una profunda herida que tenia en la cabeza. Con mucho trabajo consiguió el poeta ins-

talarlo en su pobre lecho, movido á compasion por el estado lastimoso en que viera al desconocido; pues á mas de la herida estaba empapado en agua, como si acabase de salir del rio.

Pobre jóven, decia Ivo contemplándole, habrá sido victima tal vez de alguna cobarde emboscada. De repente el jóven militar volvió en si, y levantándose sobre el lecho y echando en torno suyo una mirada descarnada, dijo con voz trémula: Laura mia..... volviendo á caer sin sentido y moribundo.

Al escuchar aquel nombre, pronunciado con toda la pasion de un amante, sintió correr el pobre poeta un sudor frio por su frente, y se estremeció llenándose su corazon de angustia; pues él tambien amada á una Laura con toda la vehemencia de su alma, aunque el infeliz no habia recibido de aquella Laura, tan ingrata como hermosa, mas que miradas indiferentes, en cambio de las apasionadas que él le dirigia. Fácil es conocer cuanto le sorprendería el oir pronunciar aquel nombre al capitan español.

Dejemos á D. Fernando, pues mis lectores lo habrán reconocido en el herido, y volvamos á la

reunion de conspiradores, y á la hermosa Laura.

Era Laura hija de un comerciante italiano muy rico establecido hacía muchos años en Mastrich. Cornelio Colóni, su padre, era una de las personas mas influyentes de aquella ciudad por su caracter edad y riquezas que habian ido disminuyendo rápidamente, merced á los impuestos del duque de Alba, si bien es verdad, que lo que por un lado perdía por otro lo recobraba, pues el príncipe de Orange le pagaba con usura los servicios que prestaba á su partido. Desde el momento en que Alba se posesionó de la ciudad, Cornelio se habia ido á vivir á una casita que tenia en el barrio de Vich, unos decian que por miseria y otros que por prudencia, pero lo cierto fué que se trasladó para servir mejor á Orange convirtiéndolo su casa en punto de reunion de sus parciales.

Ninguno era tan estimado por Cornelio de cuantos seguian las banderas del Príncipe de Orange, como nuestro conocido Ivo Mense. A él le confiaba sus mayores secretos y le encerraba las mas arriesgadas y hábiles empresas.

Habia ademas otras causas que le hacian tener una inmensa confianza en el poeta y era que no ignoraba la vehemente pasion que Ivo encargaba en su corazon hácia Laura.

Coloni, como buen Italiano, erasumamete[astu-
to; comprendió el gran partido que podia sacar
del amor del jóven, y lejos de procurar comba-
tirlo lo fomentó, pues sabia que si el Príncipe de
Orange, triunfaba, Ivo ocuparia una posicion digna
de su talento, y si el partido del mismo sucumbia ó
sus planes fracasaban, sabia tambien que tenía un
confidente que se dejaria hacer mil pedazos antes
que comprometerlo en lo mas mínimo.

De aqui se deduce que no calculaba mal el buen
Coloni, y que el pobre Ivo, que era quien fabrica-
ba las proclamas, redactaba los estatutos y se-
guia una correspondencia misteriosa en nom-
bre de Cornelio, con todos los gefes del partido
diseminados por todas las ciudades de Flandes,
no pasaba de ser un ciego instrumento de la am-
bicion del viejo italiano.

Pasaban en tanto las semanas y los meses; la
independencia de la Flandres parecia no ser ya una
quimera, y el Príncipe de Orange al frente de un
respetable ejército se habia situado, como digimos,
cerca de Maastricht, viniendo á desafiar al duque de
Alba, y deseando solo que este le presentase la ba-
talla que no podia menos de ser decisiva en aque-
llas circunstancias. Apoderarse por la fuerza de la

ciudad, era una locura que jamás ideó el Príncipe, pero esperaba vencer al caudillo español, si tenia lugar la accion, pues ademas de ser sus tropas formadas una parte de gentes que peleaban por su independendencia, y otra de aventureros alemanes y de todos los paiseses, eran en mayor número que los españoles y tenian la ventaja tambien de tener el pais á su favor, lo que animaba mucho al soldado, pues en caso de quedar vencidos tenian segura la retirada.

La noche en que tuvo principio esta historia era una de las designadas para conferenciar en casa de Coloni. El duque de Alba, con la sabiduria y prudencia de un gran guerrero. no habia querido esponer á los azares de un combate su reducido ejército, y se mantenía á la defensiva, dejando que sus contrarios se cansasen, y esperándo una ocasion propicia para derrotarlos. Esta conducta del esperto general español desesperaba á Orange, pues echaba por tierra sus planes y le impedia dar el golpe decisivo que habia proyectado, y la reunion se verificaba con el motivo de convinar un nuevo plan que hiciese al español abandonar sus trincheras y decidirse á presentar la batalla:

Coloni presidió la reunion por mucho tiempo, faltaba en ella Ivo Mense, que estaba encargado de redactar unas proclamas que se habian de repartir por la ciudad al dia siguiente. Laura habia salido con su criada á hacer algunas compras, y Cornelio, rodeado de sus amigos, formaba planes, daba batallas y creaba imperios, sentado ni más ni menos que otros grandes hombres en un blando sillón y delante de una mesa llena de papeles, esperando la llegada del principe de Orange.

Aprovechándose de la confusion que la espada de D. Fernando sembró en los tres soldados ébrios y licenciosos, que la habian perseguido, desapareció la jóven del lugar del combate, penetrando en su casa por una puerta pequeña que daba al pasadizo; y necesitaron ella y la criada bastante tiempo para reponerse del susto que habian recibido.

En medio del temor que la infundia el recuerdo del peligro pasado, lo traia á su memoria con una especie de placer, y la imágen de aquel desconocido que la habia seguido diferentes veces se le aparecia rodeada de todo el encanto que le prestara el valor y la oportunidad del auxilio. Se reprochaba interiormente por no haberle dado las gracias, y

suspiraba al pensar que era un español, pues sabia el odio que su padre profesaba á los de su nacion.

Se hallaba la jóven en uno de esos momentos de éstasis en que el alma se deja llevar por las ilusiones, y se mece en el paraíso de los sueños y las fantasías, cuando percibió clara y distintamente, un ¡miserables! pronunciado con el mismo tono que el que pronunció el desconocido al desenvainar su espada para defenderla, y por una voz que parecia la misma. Abrió sorprendida la puerta de su cuarto y se aproximó con el mayor silencio al sitio en que estaban reünidos los conspiradores, júzguese cual sería su sorpresa cuando por la cerradura divisó en medio ellos la arrogante figura de su libertador, y cuando por las palabras que pudo oír conoció que trataban de matarle.

El corazón de los italianos es tan ardiente como el sol que dora las aguas del Tiber: Laura era una verdadera italiana: se sintió con ánimo suficiente para morir por el que la habia salvado, antes que permitir que le tocasen á un cabello: habia algo mas al tomar esta decision en el corazón de la jóven que gratitud. Iba á presentarse en me-

dio de la reunion, y ya tenia la mano sobre el picaporte para levantarlo, cuando oyó al Principe que mandaba encerrasen al capitan en aquella habitacion. El lector sabe lo demas hasta que D. Fernando se lanzó al rio Mosa.

Era el capitan buen nadador, pero la frialdad del agua y el traje, paralizaban sus movimientos: á esto se agregaba la oscuridad de la noche y el ningun conocimiento de la situacion que ocupaba. Mientras el jóven luchaba vigorosamente contra la corriente procurando ganar la orilla, penetró en la habitacion de Laura, su padre, seguido del Principe de Orange y varios conspiradores.

En tanto que la jóven referia á Coloni la accion generosa del capitan español, á quien habia pagado proporcionándole los medios de huir, se habia despojado de su capa y colete un conspirador llamado Van Griwel, hombre de carácter feroz y sanguinario, el que sin encomendarse á nadie se lanzó al rio en persecucion del capitan, con la daga en la mano. Al oírle caer en el agua dió Laura un grito y se lanzó á la ventana, y al calcular el peligro de su amado, pues era facil que Van Griwel lo alcanzase, se desmayó. Nadaba en tanto Valdes

trabajosamente hacia la orilla que divisaba apenas, y Van Griwel en vano procuraba descubrirlo; pero la luna que habia estado velada por espesos nubarrones, salió tímidamente, dejando caer sus melancólicos rayos sobre el Mosa, y permitió á Griwell percibir al jóven que ya tocaba á la orilla.

Apenas D. Fernando colocó el pie sobre la arena vió aparecerse delante de él como un espectro al flamenco, que mas práctico habia saltado antes en tierra, viniendo á encontrarle.

«Ríndete ó eres muerto» ! fueron las primeras palabras que pronunció Griwell lanzándose sobre el capitan con la daga en la mano. Este, aunque sorprendido por lo inesperado del ataque, echó mano a un puñal que llevaba oculto, y que por casualidad le habian dejado los conspiradores, y se travó entre él y el feroz flamenco un ostinado combate. Todo lo que Van Griwell ganaba á Valdes en corpulencia y robustez, tenia este de agíl y pronto en sus movimientos. Rodaron asidos sobre la arena, y últimamente tuvo fin la lucha con la muerte del flamenco, cuyo corazon atravesó el capitan con su puñal, no sin haber recibido multi-

tud de heridas, á mas de una que se hizo en la cabeza, al dar contra una piedra. Caminó el infeliz mancebo por espacio de algunos minutos á la ventura, desangrándose y sintiéndose morir por instantes y al percibir luz en la casa de Ivo llamó á lo puerta casi instintivamente, cayendo desmayado sobre el umbral. III

LAURA.



Señalado Cornelio en un rincón del lecho de su hermosa hija, la contemplaba con ese dolor mudo mas elocuente que todas las palabras y que todos los ayes; pálido y con el rostro surcado por las lágrimas. Después de una noche de insomnio y de delirio se había quedado tanque dormida con ese sueño inquieto y nervioso que produce la fiebre. Los primeros rayos del sol iluminaban débil-



capeta, al dar contra una piedra. Caminó el infelice por espacio de algunos minutos á la ventura, desahagándose y sintiéndose morir por instantes y al percibir luz en la casa de los tíos — á la puerta casi instantáneamente, cayendo desmayado sobre el umbral.

III.

LAURA.

Sentado Cornelio en un sillón cerca del lecho de su hermosa hija, la contemplaba con ese dolor mudo mas elocuente que todas las palabras y que todos los ayes, pálido y con el rostro surcado por las lágrimas. Despues de una noche de insomnio y de delirio se habia quedado Laura dormida con ese sueño inquieto y nervioso que produce la fiebre.

Los primeros rayos del sol iluminaban dábil-

mente la alcoba de la jóven, y reinaba en ella un silencio profundo, interrumpido de cuando en cuando por algunos débiles ayes que dejaba escapar su padre, á quien el sueño habia sorprendido, dormia recostado en un sillón murmurando palabras incoherentes, y soñando con los sucesos de la víspera. De repente giró la puerta de la alcoba sobre sus goznes, y penetró en ella Ivo Mense. La palidez que cubria siempre el rostro del poeta era aquella mañana lívida, y sus grandes ojos azules brillaban con el fuego sombrío de las fiebres. Tocó lijeramente á Cornelio con unos papeles que llevaba en la mano, se despertó este, y sin demostrarse sorprendido por hallar en aquella habitacion á Ivo, tomó los papelas que este le alargó silenciosamente y se aproximó á la ventana para leerlos. Mientras el italiano leia, se acercó Mense al lecho de Laura y dejó caer sobre ella una mirada en que se leia un amor profundo y una inmensa desesperacion.

Despertó Laura. El sueño le habia devuelto algunas fuerzas, promoviendo una crisis saludable. Se incorporó sobre el lecho, y dirigiendo en torno suyo miradas descarriadas, empezó á coordinar

sus ideas y sus recuerdos. Poco á poco vinieron á su mente los acontecimientos de la noche pasada, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, al recordar al joven capitán, á quien creía muerto. Era Laura el extremo contrario de su padre. Su alma candorosa y entusiasta, cerrada hasta entonces para el amor, habia soñado muchas veces con el gallardo desconocido y el servicio que aquel la prestara tan oportunamente, librándola de la persecución de los soldados, con peligro de su vida, habia desarrollado en ella un sentimiento, que hasta entonces no habia comprendido, y finalmente, el valor de D. Fernando, á pesar del gran peligro en que estaba, su nobleza, su gallardía y la apasionada declaración que hizo de su amor, olvidando cerca de ella la muerte que la amenazaba. Todo esto reunido á lo novelesco de las circunstancias, en que lo habia visto y oído por primera vez, habian convertido su amor en una pasión vehemente.

—¡Muerto! decia la joven con voz apenas perceptible y llorando amargamente. ¡Muerto! él tan noble y tan valiente; y yo he tenido la culpa, por salvarme á mí ha perecido.

=¡Vive!... murmuró á su oído una voz que le hizo estremecer.=¡Vive! yo le he salvado, repitió la misma voz, y entonces, saliendo de detras de las cortinas que le ocultaban, se le apareció Ivo.

=¡Gracias amigo mio! dijo Laura, y se desmayo dando un grito.

Acudió Cornelio, interrumpiendo su lectura, y auxiliado por el poeta, hicieron volver en sí á la jóven.

Ivo habia sufrido en aquellos cortos instantes los mas crueles tormentos, y tuvo que apoyarse contra la pared, porque sintió que le faltaban las fuerzas y pensó volverse loco; pero haciendose superior á su conmocion, permaneció frio é inanimado junto al lecho llamando mentalmente á la muerte.

Volvió en sí Laura, y le pagó la noticia con una mirada, en que el reconocimiento estaba pintado con todos sus mas sublimes y bellos colores; pero no era una mirada de la especie de aquella la que apetecia el poeta, y por la que hubiera dado en cambio su existencia..... ¡Triste condicion humana! siempre el corazon ha de buscar la felicidad,

en donde positivamente sabe que encontrará el dolor!.....

Dejemos á la jóven mas tranquila; semenjate á la flor que abate momentáneamente el huracán, y la cual pasado este, recobra su lozanía; y á Colóni y al poeta entregados á sus planes políticos, y penetremos en una habitacion suntuosa del palacio que ocupaba el duque de Alba en Mastroich.

Varios jóvenes españoles, la mayor parte militares, se paseaban, refiriéndose mutuamente lances de amores, y anécdotas graciosas. Reinaba en el salon esa animacion, esa vida que imprime el carácter español á cuanto le rodea, sin que la presencia de algunos adustos flamencos, flemáticos y silenciosos, pudiese apagar en lo mas mínimo la alegría, ni quitarle á quel cuadro su brillante colorido, contribuyendo, por el contrario, á que resultase mas con el contraste.

Muchas voces habian nombrado á Valdés, unas preguntando por él, y otras refiriéndose á hechos suyos, cuando se abrió la puerta, y apareció un capitan muy amigo de D. Fernando, llamado don Julian Romero, y á él se dirigieron varios interrogándole sobre su amigo.

==¡ Tristes son las noticias que puedo daros de Valdés! dijo Romero con semblante y voz muy melancólicos; al irlo á ver esta mañana, como de costumbre, le he encontrado en la cama casi espirando y lleno de heridas. Esos infames flamencos lo han sorprendido esta noche pasada traidoramente, y ha escapado de la muerte, merced á su valor y á su fortuna.

Al escuchar estas palabras, se agruparon en torno de D. Julian todos los que estaban en el salon, y le suplicaron que les refiriese pormenores, si es que los sabia, votando contra los flamencos y jurando tomar venganza.

==Poco puedo decir, dijo Romero, solo sé, que habiendo seguido anoche á una dama muy hermosa, esta se internó por unas callejuelas oscuras y solitarias, donde la acometieron de repente unos cuantos bribones, á los cuales hizo huir, á pesar de las muchas heridas que le hicieron, y que desangrándose y moribundo llamó á la puerta de una casa en que por casualidad habitaba un flamenco generoso, que le socorrió é hizo que le trasportasen á su casa, siendo el mismo quien me ha referido lo que os acabo de contar, y por cierto que es

un jóven de una fisonomía muy inteligente y bondadosa, pues Valdés no estaba en estado de poderme ni aun hablar.

Al escuchar estos pormenores, se aumentaron los murmullos y las amenazas contra los flamencos, pudiendo leerse en todos los semblantes el odio que abrigaban los corazones. Mientras en un extremo del salón los españoles desahogaban su cólera con palabras y ademanes amenazadores, en el otro extremo, junto á una ventana, conversaban dos ó tres flamencos, cuya nobleza les permitía penetrar en el palacio de Alba libremente, y al mismo tiempo que los españoles prorrumpían en amenazas y dieterios contra los flamencos, ellos murmuraban amenazas, aun mas coléricas, contra los españoles.

Al repetir Ivo á Romero, la aventura que habia puesto en tan mal estado á su amigo, no habia hecho mas que repetir lo que D. Fernando le digera, pues este con la nobleza propia de un caballero, habia ocultado todo lo que pudiera perjudicar á Colon; y á los conjurados. ó hacer nacer sospechas que llegasen á perderlos tal vez. Por lo tanto, aunque la aventura de Valdés se refirió de distintos mo-

dos, dándole á veces proporciones gigantescas ó un colorido misterioso y aterrador, no se pudo encontrar en el fondo de aquella novela que tan natural era la verdad que hubiera llevado al cadalso á Colóni y á otros muchos, pues el duque de Alba era inflexible y las sentencias de los condes de Egmony Horn, habian acreditado su inflexibilidad, hija del carácter de su amo Felipe II, que imprimía en sus súbditos el sello de su dureza siendo el duque uno de los que mejor le servian en esta parte, y comprendia mejor su alma de acero y su corazon inaccesible á la clemencia y á la bondad.

Todo el dia estuvo recibiendo Valdés las visitas de sus compañeros de armas, y aunque se hallaba bastante aliviado, no por eso estaba del todo fuera de peligro. En medio del delirio que le producía la fiebre, su imaginacion le hacia ver á Laura temblorosa y palpitante de amor, lo mismo que cuando la estrechó entre sus brazos, y cuando los dolores le arrancaban un ay, endulzaba la amargura de este, un nombre que se escapaba de sus lábios.

La noche habia reemplazado al dia, y el jóven

capitan despues de haber tomado una pocion calmante se habia quedado dormido, y en sus labios jugaba una sonrisa melancólica, pues soñaba con la italiana, que le sonreía y besaba sus heridas, cuando se abrió silenciosamente la puerta de su cuarto, y dos mugeres cubiertas con mantos se aproximaron al lecho.

El dormitorio de Valdés estaba débilmente iluminado por una lámpara colocada en un extremo cubierta con una gasa; sin embargo, á pesar de los mantos se conocia que una de las mugeres que habia entrado era jóven, por la lijereza de sus pisadas, por el suave perfume que exalaba, y por una mano muy fina, muy blanca y muy pequeña que dejó ver al separar cuidadosamente las cortinas que velaban el lecho. Dijimos que Valdés dormia. Una lijera venda ceñia su frente herida, por bajo de la cual se escapaban sus cabellos, negros como el azabache, que hacian resaltar la palidez de su rostro.

Hondos suspiros se escapaban del seno de la desconocida, al contemplar al capitan, á pesar de los esfuerzos que hacia por contenerlos; y la que la acompañaba, que tenia todas las trazas de una

dueña, permanecía retirada del lecho por una complaciente prudencia.

Sonaba Valdés y se escapaban de sus labios palabras ininteligibles, de repente la desconocida, dejándose llevar por un impulso superior á su voluntad, inclinó la cabeza, y sus delicados labios rozaron los del capitan abrasados por la calentura: al mismo tiempo dijo D. Fernando «Laura mia» y la jóven dando un ligero grito, cayó junto al lecho.

¡Doña Blanca! quereis perderos? dijo la dueña aproximándose asustada, salgamos; pero la jóven no podia oirla porque estaba desmayada.

En el mismo instante se abrió la puerta y apareció en ella Ivo que se detuvo sorprendido con aquel encuentro.

El capitan seguia bajo la influencia de la fiebre que hacia su sueño profundo.





IV.

ORANGE.

EN medio del campamento de Orange, situado á las orillas del Mosa, descollaba entre las otras una tienda de campaña que por su dimension mas que por otra cosa se reconocia ser la del gefe.

Eran las diez de la mañana que siguió á la noche de la reunion, y el príncipe que acababa de despedir á varios gefes subalternos se paseaba muy

pensativo entregado al parecer á ideas, ora tristes, ora plácidas, pues tan pronto se sonreía como arrugaba el entrecejo. Cualquiera al verlo en aquel instante habria creído que le preocupaba algun proyecto guerrero, y por cierto se hubiera equivocado mucho, porque la imaginacion de Orange se hallaba completamente entregada al recuerdo de los sucesos de la pasada noche, y sobre todo á la hermosa Laura.

Quien lo creyera.... un hombre tan grave, el gefe de una causa proscripta, el que sus compatriotas miraban como un Semidios, el mismo que estaba jugando su cabeza y su fortuna, olvidaba todos sus peligros y todos sus grandes intereses y los de su patria, dejándose conducir por su fantasía á un paraíso en el que la italiana era la Diosa.

Byron le llamaba al amor ocio, pero desde Alejandro á Cesar, y de Homero al Dante, todas las almas sublimes y fuertes, han rendido un culto inesplicable al amor; por eso no es extraño que Orange el ambicioso, el que tenía su corazón lleno de odio, y de sedde venganza, se dejase dominar un instante por él.

Para el príncipe, Laura era un deseo, un capricho que habia que satisfacer. Su alma violenta y arrebatada no conocia en sus deseos límites, pues hasta la religion que hubiera podido suavizar la dureza de su carácter y sujetarle un poco, era para él un objeto de burla y escarnio. Nunca habia visto á la hija de Coloni; así fué que al verla se sorprendió agradablemente.

La agitacion y el temor del peligro que corriera Valdés, habian robado el carmin á las mejillas de la joven, y las trenzas de sus cabellos negros, sirviendo de poético marco á su rostro le prestaban tintas tan suaves y tan fantásticas que mas le pareció una hada al Príncipe, que una criatura humana.

Hacia rato que buscaba en su su mente una idea que pusiera en su poder á la jóven sin comprometer su causa con Coloni, cuando penetró en aquella parte de la tienda su escudero Ulrico con un mensaje de los de la ciudad. Al ver á su escudero, una idea diabólica brilló en su cerebro y le hizo sonreír.

Era Ulrico un bribon consumado, tan bueno para espía como para asesino, ágil como la pantera

y astuto como la zorra, dispuesto siempre á servir de cualquier modo á quien le pagase mejor; en una palabra uno de aquellos aventureros sin mas Dios ni ley que el dinero.

Mucho tiempo estuvo conversando Orange con Ulrico, diferentes veces le repitió sus instrucciones que escuchó este sonriéndose con malicia, como un hombre á quien se le encarga una comision inferior á sus fuerzas, y por último salió de la tienda y se encaminó á una cantina en la que se hizo servir un gran jarro de vino.

Durante todo el dia se notó una gran agitacion en el campamento, y todo anunciaba que se preparaban para marchar. Efectivamente, convencido Orange de que el duque de Alba no abandonaba el plan que se habia propuesto determinó levantar el campo y dirigirse á Tougres. Llegó la noche, su silencio era interrumpido muy frecuentemente por los relinchos de los caballos, el choque de las armas y alguna que otra cancion alemana mezclada al grito de los centinelas. Cuando la noche se estendió completamente sobre el campamento y lo envolvió en la oscuridad, se encaminó un hombre seguido de tres ó cuatro embozados como él, hacia

Mastricht, por sendas y vericuetos.

Un profundo silencio reinaba en la casa de Cornelio. Este habia salido y en una pequeña habitacion hilaba y rezaba la vieja Ursula; y la hermosa Laura, repuesta de su indisposicion dormitaba recostada en un antiguo sillón colocado junto á una chimenea mirando chispear los encendidos leños y dejando escapar débiles suspiros de cuando en cuando, al recordar á su amado. Un reló lejano dió las nueve y las campanas de algunas iglesias tocaron lentamente las ánimas, pues Mastrich con la permanencia de Alba conservaba entonces todo el carácter de una ciudad católica, que perdió despues completamente bajo la dominacion de Orange.

De repente llamaron á la puerta y la vieja Ursula se dirigió á abrirla con presteza, creyendo que seria su amo. En la creencia de que era Cornelio el que llamaba abrió, sin vacilar y se encontró delante de un hombre que dijo ser portador de un mensaje de Coloni para su hija, y Ursula al punto le condujo donde esta se hallaba.

Al escuchar Laura el ruido de pasos se levantó para salir al encuentro de su padre, pues creyó que

era él quien se acercaba, y quedó sorprendida al ver entrar á la criada seguida de un desconocido.

El bribon Ulrico tenia muy bien estudiado lo que habia de decir, espió la salida de Cornelio y no quiso llamar hasta que pasó el tiempo suficiente, para que no se pudiese sospechar su intriga.

Dijole á Laura que su padre, sabedor de que Alba habia descubierto que su casa era el punto de reunion de los conspiradores, y que estaba determinada su prision aquella noche, le enviaba para advertirla el peligro, y le mandaba por su conducto que se fuese á reunir con él ella y Ursula al campamento de Orange donde le aguardaba, llevándose todo el dinero y alhajas que poseian.

Era tan verosimil el cuento y Ulrico supo desempeñar tan bien su papel, que la infeliz paloma se dejó engañar, yendo ella misma á colocarse en las garras del buitre, sin sóspechar que pudiera existir una traicion en aquel mensage. Los preparativos se hicieron pronto, recojió su mejor ropa y un cofrecillo con sus alhajas, entregó á Ursula un talego lleno de dinero, y siguió á su pérfido guia, no sin derramar lágrimas amargas al recordar al ca-

pitán y al dar el último adios á sus pájaros y á sus flores, lindos testigos de sus amorosos ensueños.

Dejemos caminar á la jóven y á la criada en compañía del malvado escudero de Orange hácia el campamento, en que este esperaba con ansiedad la vuelta del infame emisario y volvamos á Valdes.

Al mismo tiempo que Laura caminaba á su perdicion engañada por el aventurero, ocurrían en la alcoba de D. Fernando los sucesos que hemos referido anteriormente; y para que el lector pueda saber quien era la desconocida, tenemos que retroceder á una época algo lejana

Cuando la princesa Margarita de Parma era gobernadora de los Países bajos, brillaba entre las damas de su corte por su hermosura y talento una dama española llamada D^a Blanca, hija única del Conde de Castro, uno de los mas ilustres caballeros que componían la corte de Margarita. Todos acusaban á esta dama de tan hermosa como insensible, y mas de un poeta compuso bellas silvas celebrando su hermosura, y tristes endechas querellándose de su ingratitud.

Un día se presentó en el palacio de Margarita en Bruselas el capitán Valdes y desde entonces fue el recién venido el objeto de las conversaciones de las damas flamencas y españolas; pero quien particularmente fijó más su atención en D. Fernando fué D^a. Blanca de Castro; ante él suavizó la expresión altiva de su rostro: al hablarle modulaba su voz muy dulcemente, y sus miradas, antes esquivas y desdenosas, se tornaron tiernas y apasionadas, cuando las dirigía al capitán.

Notó D. Fernando la predilección de la joven y como hombre de talento, supo manejarse tan bien que al poco tiempo la española tenía largas conferencias con él en los jardines de su palacio, á las altas horas de la noche; y los suspiros y los juramentos de amor fueron llevados por la brisa más de una vez, confundidos con el murmullo de las fuentes, y el vago susurro de las hojas de los árboles.

Mucho tiempo pasó Valdés entregado á la hermosa Blanca; pero su pasión fué caducando de día en día, hasta que se convirtió en la más completa indiferencia. Sin carácter altanero y dominante en extremo, sus celos y sus exigencias, enfriaron

el amor del capitan mas que otra causa. Mientras mas se alejaba don Fernando, mas sentia la de Castro crecer su amor y volar su alma hácia el inconstante mancebo, llegando hasta el punto de humillarse muchas veces y emplear todo género de seducciones y artificios por ver si conseguia volverlo á encadenar á sus plantas, aunque vanamente pues sabido es que cuando el corazon por convencimiento rompe sus cadenas, muy tarde ó nunca se vuelven estas á eslabonar.

Muchas veces habia soñado ella con una rival y hasta llegó á creer positivamente que Valdes huia de sus brazos para lanzarse en los de alguna flamenca ó española que le habian cautivado. Lo hizo espiar y seguir, pero el espionage por mucho tiempo no dió resultado alguno, creyó que se habia equivocado y que solo un capricho ó una pequeña incomodidad del capitan, cuyo orgullo hiriera en una disputade celos, lo separaban de ella y la esperanza de recobrarlo tal vez mas sumiso y mas amante no le abandonaba un momento.

La aventura de D. Fernando que refiriera Romero, llegó hasta la joven y como se decia que la vida de Valdes se hallaba en peligro, pues se creia

que tal vez muriese de sus heridas, quiso esponiendo su reputacion ver por la que podria ser última vez á aquel ingrato mancebo que tantas veces le habia jurado amar eterno en una época no muy distante.

Tenia tanto de novelesco aquel proyecto y su amor era tan vehemente, que se dirigió á la vivienda del capitan acompañada de una vieja dueña muy condescendiente y la confidente un tiempo de sus amores.

Desmayada sacaron á doña Blanca de la alcoba de Valdes, Ivo y la dueña, conduciéndola hasta una litera que la esperaba en la puerta y en la que la llevaron á su palacio. Durante el camino volvió en sí deshaciéndose en un mar de lágrimas y lanzando suspiros combulsivos, y ayes de desesperacion y de cólera. No le cabia la menor duda de que una rival le habia arrebatado el corazon de su amante, y su alma herida profundamente y su amor propio ultrajado la hicieron jurar una venganza terrible contra el incostante capitan, y contra aquella Laura á quien amaba.



V.

GOLONI.

Despues de conferenciar largo rato con sus amigos sobre los negocios politicos, se dirigió Cornelio á su casa. Llegó á la puerta y se sorprendió mucho al encontrarla abierta, pues á Ursula con la precipitacion y el terror se le habia olvidado cerrarla.

No era fácil cometer un descuido de aquella especie entonces, porque los soldados de Alba consideraban el pais como terreno conquistado, y se solian pagar tales descuidos muy cruelmente. Na-

da bueno le auguró aquella circunstancia y penetró lleno de zozobra atravesando rápidamente las habitaciones en busca de su hija.

Recorrió toda la casa llamándola diferentes veces y á Ursula, hasta que se convenció de su ausencia. Ningun desorden en los muebles ni en nada manifestaba que hubieran sido víctimas de una sorpresa. La luz ardía todavía colocada sobre una mesa, el sillón en que estaba sentada Laura continuaba junto a la chimenea y la rueca de Ursula yacía en el suelo junto á la silla que habia ocupado: todas estas circunstancias le hicieron creer que su hija habia huido voluntariamente. Recordó entonces que le habian dicho que el cadáver [de Griwel se encontró junto al río, y por consiguiente que el capitán español se habia salvado, y en el instante pensó que este era el raptor ó que Laura le habia seguido por voluntad propia, como era mas fácil de creer. Fué á buscar sus alhajas y su dinero, y no encontrando ni unas ni otros en el lugar en que él y Laura sabian únicamente que se hallaban, no le quedó duda de que su hija habia huido voluntariamente; y lleno de desesperación empezó á mal-

decirla y arrancarse los cabellos, prorrumpiendo en gritos furiosos.

Ivo despues de haber visto el estado de Valdes para dar cuenta de él á Laura, pues á tanto llegaba su generosidad, se dirigió en casa de Coloni á quien encontró sumido en la desesperacion.

Desvaneció Menselas sospechas del italiano haciendole saber el estado del capitan, y entonces ambos se perdieron en un mar de dudas y confusiones sin que ningun indicio ni ninguna luz les explicase la ausencia de Laura y de Ursula.

Despues de entregarse á mil conjeurtas á cual mas inesplicables, determinaron salir cada uno por su lado á buscarla por la ciudad durante todo el siguiente dia, quedando en reunirse á la noche en el mismo lugar para comunicarse cualquier nueva que pudiesen adquirir.

Mientras Ivo y Coloni recorrian á Mastrich en todas direcciones esperando encontrar algun rastro del camino que la jóven pudiera haber tomado ó adquirir alguna noticia del sitio en que se ocultaba de grado ó por fuerza, caminaban esta y Ursula con su guia hacia Delft, victimas del engaño.

Al llegar Laura á la tienda de Orange, encontró á este solo en ella. Le preguntó por su padre, y el principe con la mas refinada hipocresia la dijo que necesitando mandar á Delft un mensagero habil y de toda confianza, con un aviso urgente é importante, no habia titubeado en suplicar á Coloni que se dirigiese á aquel punto ofreciendo encargarse de conducir á su hija hasta allí, con todas las precauciones posibles y con todo el respeto y afecto que le merecia. Al mismo tiempo rogó á Laura que le dispensase hubiera abusado de su padre, pero que el asunto que le habia encargado era de tal naturaleza que cualquier dilacion en el mensaje podia comprometerlo y causarle graves pérdidas, diciéndola que la gran confianza que le merecia Coloni, era la causa de que le hubiese elegido con preferencia á otros.

No sorprendió á la joven esta circunstancia; estaba acostumbrada á ver conferenciar á su padre con Orange y sabia cuanto respetaba éste los mandatos del Principe, y así fué que dándole gracias se dispuso á marchar en una litera á donde creia que se hallaba Cornelio.

Al alejar Orange de su lado á la jóven, obraba

con prudencia; pues le era imposible ocultarla completamente, y podia sér que una voz, la menor indiscrecion, hicieran conocer á Coloni el sitio en que estaba su hija y que levantase uua cruzada para recobrarla, ademas de convertirse en enemigo suyo y con él todas las gentes de Mastrich y otros muchos. A esto se agregaba el ruido que podria hacer aquel acontecimiento y el descrédito que caería sobre su causa y su nombre.

Todo estaba perfectamente combinado y estudiado. En Delft poseia Orange un gran palacio dentro del cual podia encerrar sin peligro y sin temor á la jóven y seducirla con promesas que la deslumbrasen y la hiciesen olvidar al capitan español.

Ulrico recibió sus instrucciones y se encaminó á Delft con la jóven y la dueña, haciendo que se disfrazasen de aldeanas vistiéndose él de aldeano tambien para no caer en poder de alguna de las partidas españolas que pudiesen encontrar en el camino,



VI.

EL JUDIO.

EN una miserable choza del puerto Brille, se hallaban sentados, junto á una tosca chimenea dos hombres en la noche del 15 de noviembre de 1572. El uno de ellos era un anciano vestido miserablemente, y el otro un jóven marinero, que al parecer no contaba 30 años, pero en cuyo rostro tostado por la crudeza de los vientos y por los rayos del sol, se veían escritas las huellas del infortunio, con caracteres inteligibles para los desgraciados.

Ambos estaban sumidos en profundas medita-

ciones, sin que les sacasen de su abstraccion los rugidos del huracan, el monotonó ruido de la lluvia ó los bramidos del mar, que á un tiro de bala de la choza, se estrellaba contra las rocas de aquella costa. De repente levantó su cabeza, cubierta de canas, el anciano; y dirijiendose al jóven, le habló así :

—Ivo : amigo mio; ¿por qué os entregais de ese modo al desaliento y á la melancolia? Vuestras mejillas enflaquecen, vuestros ojos estan hundidos en las órbitas y el fuego de la calentura es quien únicamente los suele animar alguna vez.... Por el Dios de Abraham volved en vos; tened esperanza y no hagais que la muerte abrevie vuestra vida....

—Esperanza! contestó el jóven marinero con sarcónica sonrisa. Esperanza! cuando he perdido todo cuanto amaba en este mundo; cuando solo me cercan desventuras y desgracia; cuando ni aun morir puedo por la libertad de mi patria, porque mi patria se ha convertido en una reunion de seres débiles y tímidos, mas propios para esclavos que para héroes. Esperanza, anciano!.. Mi esperanza es la muerte...

=Siempre esas mismas palabras... siempre esa desesperacion....

=Qué me resta?.. Mis amigos lo unos han sucumbido víctimas de las armas españolas, los otros... han vuelto la espalda á sus juramentos y han abandonado nuestras banderas, porque parece que marcha con ellas la maldicion del cielo,.. En Mastrich perdí á la única muger que he amado en este mundo, sin que desde su misteriosa é inesplicable desaparicion haya vuelto á saber de ella... y tal vez no existirá ya...

Volvieron á quedar en silencio el jóven y el anciano; pues este respetó el dolor del marinero que cubriendose la cara con las manos dejó escapar algunos mal comprimidos sollozos.

Tres años habian pasado desde que Laura fuera víctima de la traicion de Orange y conviene que nuestros lectores sepan el estado de algunos de nuestros personajes en esta época, y el de la Flandes...

En la mañana siguiente á la desaparicion de la hija de Coloni, marchó el Principe con direccion á Tougres esperando que Alba cambiase de plan y ademas porque su ejército empezaba á resentir-

se de escasez y los soldados murmuraban porque no se les pagaba. Habia tenido Orange noticia de la entrada de las tropas francesas que esperaba provistas de un refuerzo de dinero y se dirigió á su encuentro.

Marchaba á retaguardia siempre el duque observando los movimientos de su enemigo y siguiéndole en actitud de defensa, pero sin comprometerse formalmente á una batalla. Reunióse despues de varias escaramuzas, el ejército flamenco con los franceses esperados, mas en vez de mejorar estos la situacion de su caudillo, la empeoraron, pues no traian dinero ni proporcionaban medios de subsistencia.

Crecieron los apuros, como era consiguiente aumentándose el número de los necesitados; encontrándose Orange sin víveres, sin dinero, sin poder encender completamente la guerra civil, abandonado por todos, y perseguido por el de Alba, á quien no podia batir á pesar de que no cesaba de incomodarle. Viéndose perdido forzó el paso por Lieja determinando retirarse á Alemania y esperar allí en medio de sus dominios una época mejor y una eportuna coyuntura. En esta situacion se des-

hizo de sns alhajas, pagó las tropas como pudo y acompañado de unos cuantos amigos, se encaminó á sus estados.

Estos acontecimientos pasaron el ano de 1569.

Ivo y Coloni despues de hacer infinitas pesquisas, se habian reunido con el Principe siguiéndole en todas sus alternativas en aquel corto tiempo, quedándose ellos por mandato del mismo en los Países bajos para velar por su causa, y al mismo tiempo porque quiso alejarlos de donde pudieran ver ó saber algo de Laura.

Coloni se volvió á Mastrich; pero Ivo se propuso recorrer toda la Flandes en busca de su amiga y lo consiguió no sin que peligrase su vida muchas veces y sin que tuviera que sufrir mil penalidades y trabajos, invirtiendo en este viaje dos años.

El de Orange, aunque retirado en Alemania, conservó estrechas relaciones con sus parciales de aquel país, y especialmente con los habitantes de las costas de Holanda y Zelanda, endonde era muy grande el número de sus adictos.

A los Mendigos que formaban el ejercito del

Principe habiau sucedido otros con el nombre de Mendigos marítimos. siendo estos la mayor parte proscriptos, que tenian sus gefes llamados Bloisio Treslong, la Marca y Antelot. y recorrían en corro las costas de los Países Bajos desde la embocadura del río Etna hasta el canal de Inglaterra haciendo guerra y apresando á todo lo que podia pertenecer al rey de España.

Poco á poco habian ido emigrando del interior hacia las costas multitud de habitantes y familias enteras de las que habitaban en Mastrich, Midelburgo, Dordrecht, y otras ciudades, viniendo á colocarse bajo las baderas de los Mendigos marítimos; y uno de los que habian abandonado á Mastrich, viniendo á refugiarse, por decirlo así, junto á ellos era un judío español llamado Ismail. Este, que ya era un septuagenario, habia huido de España por temor á la inquisición antes que se verificase la espulsión de los de su raza, viviendo en Mastrich y otras ciudades, de la caridad pública, y sirviendo de objeto de diversion de los muchachos que porque lo veían viejo y andrajoso le apedreaban para que se cumpliera en él, como en todos los su-

yos, la espiacion del crimen que cometieron en el Calvario.

Un dia en que el infeliz Ismail se lamentaba amargamente de su fortuna y yacia medio muerto de hambre y de las heridas que le habian hecho las piedras de los muchachos, pasó cerca de él Ivo y el noble jóven flamenco se condolió de la situacion del judio, á quien protegió desde entonces partiendo con él lo poco que poseia y comprando con su generosidad el corazon del pobre anciano hebreo que le pagaba con una inmensa gratitud y cariño los favores que le hacia.

Brille era el punto que mas ventajas ofrecia á los Mendigos para establecer en él un cuartel general, y como se habia aumentado considerablemente su número; creció su osadia é intentaron apoderarse de aquel puerto á toda costa. Faltábales citar dia fijo; y reunirse los gefes en un punto seguro para deliberar; pero habiendo encontrado un sitio á propósito se citaron en él para la noche del 15 de Noviembre de 1572.

Seguian consumiendose en el hogar de la choza del judio algunos pedazos de leña. Ivo á quien el anciano no habia visto hacia dos años, pero de

quien no habia dejado de saber, acababa de llegar aquella noche á Brille, que era último punto que le quedaba que recorrer en busca de Laura, y continuaba sentado junto al fuego sumido en su tristeza, mientras Ismail lo contemplaba en silencio viéndose brillar al resplandor de la hoguera algunas lágrimas qua despues de resbalar por sus arrugadas mejillas se perdian lentamente en su blanca barba.

Reinó por mucho tiempo un silencio profundo en la choza, interrumpido únicamente por los bramidos del mar y los asperos silvidos del viento. De repente dieron algunos golpes en la puerta y esta circunstancia sacó á entrambos de sus meditaciones.

Abrió el judio y penetró un caballero embozado en una larga capa, el cual dijo se habia perdido al dirigirse á la ermita de S. Trudent. Le preguntó á Ismail si distaba mucho de allí la ermita, y se dispuso á marchar despues de haberle este dado las señas necesarias para que no volviese á perder el camino. La voz del desconocido habia llamado la atencion del poeta, el que aunque procuró verle el rostro no lo pudo conseguir porque

un sombrero de anchas alas y el embozo de la capa se lo ocultaban completamente. Prestó cuidado, y cuando volvió á hablar el viajero le reeconoció y le dijo:

—Tanto ha cambiado la desgracia mi rostro que no me ha conocido Guillermo de Lumey.

Al oírse nombrar el desconocido fijó la atención en Ivo que se había puesto en pié y reconociéndole le tendió los brazos.

Guillermo de Lumey, conde de la Marca, había sido uno de los mejores amigos de Mense durante el tiempo que este había acompañado á Orange, y la igualdad de caracteres, edades y principios había hecho nacer una amistad entre ambos jóvenes que no por haberse separado uno de otro por bastante tiempo dejó de existir.

Guillermo era el jefe de los Mendigos de mar. Impuso brevemente á Ivo del estado de las cosas en aquella parte de los Países Bajos, le dijo que iba á la ermita de S. Trudent para asistir á una reunion cuyo objeto era ponerse de acuerdo con los habitantes de Brille para lanzar de aquella ciudad á los españoles y hacerse dueños de ella; y le ofreció un distinguido lugar á su lado. *El amor*

patrio y el entusiasmo hicieron desaparecer por un momento el velo melancólico que envolvía el rostro de Ivo, y una chispa de su antigua vida, semejante á las eléctricas que parten instantáneamente de un meteoro, brilló en sus ojos empañados mucho tiempo por la profunda tristeza que consumía su alma.

Juntos salieron Guillermo y él de la choza del judío dirigiéndose en medio de la oscuridad y de la lluvia hacia la ermita arruinada, que iba á servir de asilo á los conspiradores, y la cual se levantaba como un gigantesco esqueleto sobre una roca inmensa á cuyas plantas se estrellaba el mar sordamente.

Ningun concierto es mas grato para el alma del hombre que sufre un dolor profundo y se entrega á la desesperacion y al desaliento, que el que forman los elementos al luchar con ese estruendo y esa violencia que acobarda á los espíritus débiles é impone á los que son felices. Asi es que si se le pregunta á un desgraciado qué prefiere, un día sereno y apacible en que el sol derrame torrentes de vida y de luz ó una noche tempestuosa y oscura: positivamente dará su eleccion á la última.

La razon de esta preferencia la saben explicar los que son infelices; para los dichosos es un enigma.

En tanto que Ivo marchaba con su amigo, el pobre judio volvió á sentarse junto al fuego alegre con haber visto á su amigo salir de su abatimiento y melancolia.





VI.

EL CONVITE.

Algunos meses despues de la noche del 13 de Noviembre de 1571 se habian apoderado los Mendigos del puerto de Brille y de otras ciudades: las provincias de Zelanda y Holanda habian levantado el estandarte de la rebellion, y el Príncipe de Orange de acuerdo con sus amigos habia llegado á las fronteras de la Flandes, y apoderadose á viva fuerza de Ruremunda.

Apenas hubo entrado en los Países Bajos se le reunieron multitud de amigos , y entre ellos Co-

loni y Mense, cuya presencia inquietaba mucho al de Orange por causas que diremos, así es que no pensaba mas que en alejarlos con un pretesto que no fuera sospechoso.

Entre los prisioneros españoles que habían hecho las tropas flamencas en la toma de Rudemunda estaba nuestro antiguo amigo el capitán Valdes disfrazado y confundido con los demás prisioneros. Se les había destinado por cárcel á estos un convento que tenía una gran huerta que lindaba con el jardín del palacio del Gobernador español, el cual había escogido Orange por alojamiento.

Multitud de criados iban y venían atropelladamente por el palacio en la noche siguiente á la toma de la ciudad, y todo anunciaba que se estaba preparando un festín. Efectivamente, Orange había dispuesto un espléndido convite para obsequiar á sus amigos y á los oficiales de las fuerzas que mandaba.

En tanto que en una parte del palacio se hacían los preparativos para la cena, brillaban las luces y se escuchaba el animado murmullo de varias voces mezcladas con carcajadas: en la parte opuesta que daba al jardín, reinaba el mas pro-

fundo silencio, viéndose únicamente iluminada una de las ventanas.

Ivo, sumido siempre en la mas profunda tristeza, habia huido de los salones llegando hasta el jardin, en el que empezó á pasear entregándose á meditaciones melancólicas, ora sobre su amada Laura, ora sobre supatria cuyo primer dia de libertad creia que estaba ya cercano, y mas de una vez habia fijado casualmente su vista en aquella ventana alumbrada débilmente. Hemos dicho que las paredes del jardin lindaban con las de la huerta del convento, en que estaban encerrados los prisioneros españoles y entre ellos Valdes.

Al aproximarse Ivo maquinalmente á la pared que dividia el jardin de la huerta, un hombre que habia saltado aquella hacia rato, y que le observaba protegido por su sombra se lanzó sobre él con una daga en la mano intimándole que se rindiese y amenazándole con la muerte si daba un grito de alarma. A pesar de la sorpresa y del traje del desconocido, reconoció en él Mense, al Capitan, y fué reconocido por D. Fernando, que abrazó al flamenco á quien no habia vuelto á ver

desde que se despidió de él en Mastrich contándole la desaparición de Laura. Dos corazones igualmente nobles y generosos encerraban ambos jóvenes en sus pechos, y á pesar de las diferentes banderas que seguían y de la rivalidad que tan desgraciado hizo al poeta una gran simpatía los había unido; culpando Ivo á su fortuna el que Laura lo hubiera preferido, y no dando lugar en su alma por esta circunstancia á odio alguno contra Valdes.

Cuando la toma de Ruremunda, el capitán se encontraba en aquella ciudad casualmente. Sus tercios estaban guarneciendo á Malinas y él los abandonó por acompañar á una joven del Haya, de quien estaba enamorado..... Tal es el corazón humano, los tres años transcurridos en medio de placeres le habían hecho olvidar completamente á la hija de Coloni, pues solo cuando vivimos en la desgracia somos constantes y conservamos un recuerdo grato que endulce nuestras horas de soledad y de amargura. Había pedido licencia Valdes al Gobernador de Malinas para ir á Bruselas, pretestando negocios interesantes y por esto cuando lo hicieron prisionero en el sitio de Ruremunda

aunque se baidó disfrazado de soldado con mucha bizzarria no quiso descubrirse y aquella noche habia proyectado escaparse, y volver á sus tercios de cualquier modo antes que su falta fuese conocida.

Hízole saber á Ivo su situación, y este le ofreció sacarle en salvo de la ciudad aquella noche misma. De repente su conversacion fué interrumpida por una voz muy dulce que empezó á cantar acompañada de un arpa la siguiente balada.

Blanda y perfumada brisa
que en torno giras de mi,
dime porque mi ventura
y mi liberta perdí

Ay de mi!

Por qué vivo prisionera
muriendo siempre de amor,
por qué trascurren los dias
sin que me mate un traidor

O el dolor!

Se lo pregunte á las flores
y á las espumas del mar,

se lo pregunté á las aves
que me oyeron suspirar

Sin cesar.

Se lo pregunté á los cielos
con indecible afliccion,
y á los brilladores astros
y al eco de mi prision

Y al turbion.

Mas los cielos estan sordos,
mis penas no concluirán
y sordas estan las aves
sordos los astros están

No me oirán!

Esa es la voz de Laura, dijeron á un tiempo Ivo y don Fernando, cuando dejaron de oir la cancion. Cómo salir de la duda? Imposible.

La ventana que estaba alumbrada únicamente, distaba bastante del suelo, y ademas cómo hacerle conocer, si era ella, la proximidad de dos amigos en circunstancias tan críticas como las del ca-

pitán, pues si era descubierto, su vida y su honor corrian un gran riesgo.

Despues de un instante de conjeturas se decidió don Fernando á marchar, proponiendose Ivo descubrir aquel misterio á toda costa.

Partieron. Mense condujo á su amigo por calles y caminos escusados fuera de la ciudad, dando el santo á los centinelas que encontraron, y al despedirse, ambos jóvenes se lanzaron en los brazos el uno del otro, dandose un adios que debia ser eterno.

Regresó el flamenco al palacio calenturiento y preocupado con la idea de hallar á su amada en Ruremunda, al mismo tiempo que calculando los medios de que se valdria para penetrar en aquellos aposentos que daban al jardin y servian de cárcel á la cautiva cantora. Volvió otra vez al jardin, pero la luz habia desaparecido y la mas completa oscuridad envolvía la fachada: era indispensable abrirse camino por dentro del edificio hasta llegar donde Laura (ó la desconocida cuya voz se parecía tanto á la de la hija de Coloni) se hallaba prisionera.

Seguian los preparativos de la cena; los convi-

dados acudían en tropel y los salones se encontraban llenos de militares que hablaban y reían estrepitosamente. Por entre todos se deslizó Ivo, llegó al pie de una escalera, y sin vacilar la subió signiéndole por mucho tiempo un largo estrecho pasadizo que concluía en un pequeño salón el cual tenía una ventana; miró por ella y vió que se hallaba en un ángulo del palacio, precisamente uno de los mas próximos al jardín. Una escalera de caracol bajaba á su derecha, ignoraba adonde terminaría; pero resuelto á descubrir aquel misterio descendió por ella sin vacilar. A la conclusion de la escalera se encontró envuelto en la mayor oscuridad, tocó las paredes de un lado y de otro, y conoció que se encontraba en otro pasadizo, lo siguió caminando con mucha precaución, y después de algun tiempo se halló en un vasto salón completamente desmueblado, desde cuyas ventanas vió el jardín á muy corta distancia, porque era un salón bajo. Se desanimó un tanto con este contratiempo, pues si no encontraba una escalera ascendente que lo condujese á las habitaciones superiores nada habia adelantado y tendria que regresar por donde habia venido. Aun cuando la luz que

entraba por las ventanas era mui escasa buscó en todas direcciones, hasta que al fin dió con lo que apetecia. Una escalera semejante á la que habia bajado se elevaba desde aquel salon, y por ella se lanzó con mas ardor que si hubiera ido en busca de un tesoro. Terminó su ascension y se halló en un saloncillo oblongo con una ventana; mas lo que le llenó de alegria fué percibir en uno de sus lados rayos de luz por las junturas de una puerta, la cual empezó á reconocer. Era una mampara de lienzo pintado. Sacó el puñal que llevaba á la cintura, y con la punta hizo una pequeña endidura, por la que se puso á mirar. Vió un salon perfectamente amueblado y junto á una mesa, en la que tenia apoyado el brazo en actitud meditabunda, á una jóven á quien reconoció al instante. Era Laura, pálida y triste, pero vestida con un lujo régio. Laura mas hermosa con su palidez; su mano izquierda recorria maquinalmente, las cuerdas de un arpa que estaba á su lado, y en sus ojos brillaban, al ser heridas por la luz, algunas lágrimas. Ivo tuvo que apoyarse contra el muro porque sentia que le afluia toda su sangre al corazon, y le faltaban las fuerzas, mas apenas se repuso, despues de un

instante, empezó á pensar en los medios de que se valdria para hacerla saber sin asustarla que se encontraba allí: no ocurriéndole otro mejor empezó á cantar una de sus baladas que se habia hecho popular en Mastrich, y la cual le gustaba mucho á la italiana; era una especie de himno de guerra y amor que decia así:

Doncellas de Mastrich de alma sublime
dad los postreros vesos de amor á los que ameis
y en talismanes puros los trocará la suerte
y libres y gozosos á verlos volvereis.

Cuando espiran los rayos del sol sobre las flores
que esmaltan las praderas que cercan á Mastrich;
vuestros dulces suspiros errantes tembladores
volarán desde el Mosa atravesando á Vich.

Dime tú hermosa niña que solitaria y triste
tejes una corona de mirto y de laurel,
lloras porque tu amante acaso ya no existe
ó esa corona tejes acaso para él.

No llores que la muerte al amor le respeta

y muy pronto á tu lado feliz regresará;
llora si quieres, llora al infeliz poeta,
que consuelo y ventura muriendo encontrará.

Guárdale de esas flores una tan solo una
y en su olvidada tumba dejala tu caer
y esa será la sola, la sin igual fortuna
que bondadoso el cielo le quiera conceder.

La voz de Ivo fué conocida por Laura; y dando un ligero grito de sorpresa se acercó á la puerta al mismo tiempo que el poeta la abria, y vino á caer desmayada en sus brazos. En aquel instante y cual si le hubieran llamado, penetró Ulrico en aquella habitacion conduciendo la cena de la prisionera. La sorpresa del escudero igualó á su furor, asi fue que abandonando la vajilla se lanzó sobre Mense con el puñal en la mano.

Al ver venir á Ulrico dejó este su preciosa carga en el suelo y desembainando su puñal se colocó delante de su amiga dispuesto á morir antes que dejar arrebatársela. La lucha iba á ser de muerte y ambos combatientes se lanzaron una mirada para medir sus fuerzas antes de empezar el

combate. Ulrico fué el que se avalanzó con la ligereza de la pantera y dió el primer golpe, que afortunadamente no tocó al poeta, mas este le sujetó hábilmente el brazo en que esgrimia el puñal, y sin permitirle defensa alguna le sepultó el suyo en el pecho hasta el pomo. Cayó el escudero lanzando una maldicion junto á Laura que seguia desmayada, y antes que Ivo pudiese calcular nada, sepultó su puñal en el seno de la infeliz jóven y espiró dirijiendo á Mense una mirada de triunfo digna de Satanás.

Todo esto pasó en mucho menos tiempo que el que hemos necesitado para narrarlo. Ivo al ver sepultarse el puñal de el infame escudero en el pecho de su indefensa amiga, sintióse morir de desesperacion, y lanzó un grito desgarrador, cayendo de rodillas junto á Laura.

En tanto que este drama tenia lugar en aquella parte del palacio, en los salones preparados al efecto, bebian y brindaban enmedio de alegres y estrepitosas carcajadas, el príncipe y sus convidados. De repente una de las puertas, precisamente la que estaba enfrente de Orange, se abrió con estrépito, y apareció en ella Ivo lle-

vando en sus brazos el cadaver de Laura. Atravesó el salon en medio del silencioso espanto que su entrada produjo en los convidados, y arrojó el cadáver de la joven á los pies de Orange lanzando una carcajada histérica y convulsiva, y huyendo despues precipitadamente. Estabaloco....





VII.

CON LA INQUISICION CHITON.

EL establecimiento de la Inquisicion en Flan-des, costó mucha sangre á los españoles, y fué una de las grandes causas que contribuyeron á la independencian de aquel pais. Era imposible que pudiese ejercitarse con todos los acusados de herejia, pues no hubiera habido verdugos suficientes, ni leña para hacer hogueras, y así es que sólo servia de arma política mas temible que ninguna, porque heria sin ruido y escándalo. Guando un español ó un flamenco se hacian temibles, ó sospechosos por su influencia y poder, la Inquisi-

cion se encargaba de hacerlo desaparecer, y el sugeto designado dejaba de existir desde entonces para amigos y enemigos.

Los celos y el resentimiento de Doña Blanca habian hecho aparecer á D. Fernando como sospechoso á los ojos del gefe de la Inquisicion que era tio suyo, y hasta habia conseguido despertar sospechas en Alba, que nada favorecian al capitan. Era este vigilado sin saberlo por espías que pagaba muy bien la de Castro. Por ellos supo los amores de Valdés con la dama del Haya, que este creia ser ignorados y su salida de Malinas en compañía de la misma. Con datos auténticos que se proporcionó y con mil recursos y medios infames que nunca dejan de hallar la calumnia, la envidia y la enemistad, supo presentar á D. Fernando con tan negros colores; y supo dar á su salida imprudente de la plaza que guarnecía su regimiento, tal forma, que hizo que se creyese era un traidor á su patria y á su relijion, y desencadenó contra él las iras de Alba, y de la Inquisicion. En tanto que la tempestad rugía sobre su cabeza y amenazaba envolverlo y sepultarlo, caminaba el capitan ha-

cia Malinas, aunque no sin inquietud, sin un positivo temor.

Llegó á la ciudad. Para penetrar en ella tuvo que darse á conocer porque la proximidad del enemigo habia hecho que el Gobernador tomase todas las medidas de precaucion y defensa que creyó necesarias, y apenas hubo traspasado el rastillo de una de las puertas, le intimaron que se diese preso por órden del duque de Alba, y sin mas esplicaciones le encerraron en un calabozo.

Parecerá extraño que el virey español procediese al parecer con lijereza en la prision de Valdes, pero si se tienen en cuenta las muchas circunstancias que le hacian sospechoso, el descontento que en algunos tercios fomentaban otros capitanes por ambicion ó por envidia, y el carácter duro y severo de Alba, no se extrañará entonces seguramente que hiciese prender á don Fernando y conducirlo hasta Bruselas como reo de lesa Magestad.





VIII.

ACERACIONES.

AL ver el cadáver de Laura prorrumpió en un grito de desesperacion y venganza Coloni; Orange se habia quedado sorprendido y mudo. Por mucho tiempo trató este de vencer la tenaz resistencia de la jóven. Súplica, ofrecimientos, amenazas y todo cuanto puede inventar la imaginacion de un hombre que quiere triunfar de una muger por la seduccion y por la fuerza, lo empleó él inútilmente, pues la italiana cuando se veia en alguno de los conflictos que él le proporcionaba, trataba de suicidarse, ya arrojándose desde alguna

altura, hiriéndose con algun cuchillo, ó con cualquier otra arma que encontraba á mano. Llegó un dia en que perdió el principe completamente la esperanza de conseguir nada de aquella jóven tan firme en sus resoluciones como la roca, y desde entonces empezó á mirarla con frialdad, hasta que otras mugeres hicieron que la olvidase ó por lo menos que la viese con indiferencia. Mas hé aqui que se halló con una dificultad en la que no habia pensado. Cómo ponerla en libertad si cuanto viese á su padre le haria conocer quien habia sido su raptor y por consiguiente le perjudicaria infinitamente? Resolvió tenerla consigo prisionera hasta que se elevase á tal altura que nada pudiese temer, en cuyo caso la ambicion de Coloni le serviria para hacerse perdonar cualquiera falta por grande que fuera pues le concederia, honores y riquezas con la condicion de guardar un profundo secreto sobre aquel hecho. Confióle á Ulrico la guarda de la jóven, ordenándole que evitase el que hablara con nadie, y el que fuese vista por algun otro criado ó persona que no fuese de toda confianza. Cumplió fielmente el escudero los mandatos de Orange y hacia caminar á Laura de no-

che en una litera cuyas portezuelas tenían candados.

Para la italiana fueron los días y los meses eternidades. Encerrada en uno de los castillos que poseia el Principe en Alemania, pasó la mayor parte del tiempo transcurrido. Las gentes que la rodeaban hablaban un lenguaje desconocido para ella, eran uos infelices para quien Orange era un Dios, y sus órdenes leyes supremas, y ademas frios y apáticos como buenos alemanes. Sabian que la jóven estaba allí por orden de su señor, la servian con escrupulosa exactitud y no se cuidaban ni de sus lágrimas ni de otra cosa que de cumplir los preceptos del Sr. Ulrico. Se pasaron tres años, Laura se fué haciendo poco á poco á aquel género de vida y al pensar en su libertad, en Valdés, su padre é Ivo, se llenaban sus ojos de lágrimas, suspiraba pensando en ellos y en Mastrich y los traia á su memoria como los recuerdos puros y encantadores de la infancia.

Durante su primer año de cautividad la habia acompañado la vieja Ursula. mas esta cayó en una melancolía tan profunda que dejó de existir, con mucha alegría de Ulrico que vió en la

muerte de la vieja un cuidado menos, y consatisfaccion de Orange porque perdía un testigo peligroso.

Cuando proyectó penetrar otra vez en los Países Bajos, no quiso dejar á Laura en Alemania, temeroso de que recobrase por cualquier extraño accidente su libertad y echase por tierra sus esperanzas haciendo conocer á su padre las circunstancias de su desaparicion y el nombre de su raptor, en cuyo caso Coloni se vengaria de él, desconceptuandolo, y causando tal vez su ruina.

Despues de la toma de Ruremunda, Ulrico eligió una habitacion en el palacio; la hizo adornar y á ella condujo á su prisionera, sin que esta supiese donde se hallaba; pero al elejir aquel salon creyó no tenia mas que una salida, ignorando que existia la puerta secreta que dió entrada á Ivo.

A ninguno de los convidados se le ocurrió culpar á Orange, creyeron que Ivo habia sido el seductor de Laura, pues aunque todos sabian la historia de la desaparicion de la hija de Coloni, pensaron que el poeta la habia conducido consigo misteriosamente, habiendola asesinado por celos ó por otra causa desconocida. Esto mismo creyó

el italiano y el poeta fué maldecido y execrado por todos, escepto por Orange. Se acabó en aquel instante la cena, retiraron el cádaver de Laura, y se formó en torno de Cornelio un círculo de amigos que le prodigaron palabras de consuelo.

Aquel golpe habia abierto de un modo dolorosísimo todas las heridas del corazon del infeliz anciano que habia llorado á su hija mucho tiempo; aunque sin perder la esperanza de volver á verla algun dia, pues él no podia creer que estuviese su bella y dulce Laura dotada de uu alma ingrata é insensible. Pálido y frio parecia no oir las palabras de sus amigos y solo de cuando en cuando levantava su mano crispada al cielo y pronunciaba el nombre de su hija y el de el poeta con indecible amargura, porque desde la desaparicion de aquella le habia cobrado á Menseel afecto de hijo.

Habian salido varios en busca de Ivo y regresaron despues de hacer infinitas pesquisas sin haber podido hallarle por ninguna parte. Orange se alegró mucho interiormente de que hubiera desaparecido y cuando los convidados se retiraron, subió en busca de Ulrico, á quien halló muerto, encontrando esplicada la muerte de la jóven y

adivinando todo lo ocurrido. Hizo sacar el cadáver de su escudero sigilosamente por un criado alemán muy fiel, y al día siguiente asistió al entierro de Laura aunque pálido, sereno.

Colocaron en una humilde huesa el cuerpo inanimado de aquella que habia sido un portento de hermosura, poniendo sobre una losa blanca su nombre y derramando sobre ella flores y lágrimas el desgraciado Cornelio.

A los pocos días salió Orange con sus tropas de Ruremundia llevándose en su compañía á Colonia, y prosiguió sus conquistas tan felizmente que al poco tiempo era dueño de una porcion de ciudades y plazas fuertes.





IX.

CONCLUSION.

HABIAN pasasado algunos años desde los sucesos que hemos referido. Orange triunfó; la dominacion española habia concluido casi del todo en Flandes, y la estrella de su fortuna brillava en todo su esplendor.

Coloni habia muerto víctima de sus recuerdos y de su edad, maldiciendo en su última hora á Ivo, á quien creia factor de sus desventuras, y de quien nadie habia vuelto á saber desde que huyó de Ruremunda. El capitan Valdés, despues de permanecer mucho tiempo en los calabozos de la Inquisicion, salió de ellos hecho un anciano, y retiran-

dose del servicio regresó á España, en donde se encerró en un viejo castillo que poseia cerca de Zaragoza, huyendo de la córte que no le ofrecia atractivos ningunos, despues de los desengaños que sufrió.

Delf, era la ciudad que Orange escujo por residencia, cuando fué nombrado Estatouder; y allí se entregó á los placeres rodeado de una multitud de nuevos amigos y aduladores, que habia atraído su próspera fortuna.

Una noche presidia un festin en su mismo palacio, cuando se presentó en la puerta del salon un criado anunciándole la llegada de un mensajero que decia tener que encargarle con urgencia un pliego de parte de uno de sus amigos. Mandó que pasase el conductor del mensaje, hasta allí, proponiéndose recibirlo en medio de los brindis y de la alegría, y al poco tiempo penetró en el salon un hombre alto, delgado y estremadamente pálido, envuelto en un ropón negro.

Sin fijar su atencion, al parecer en los convidados, llegó el desconocido hasta el principe, que se estremeció al mirarlo, y puso en sus manos un pliego, diciéndole: leedlo con atencion.»

Fué tan solemne el ademan del mensajero, al darle á Orange el pliego, y tenia un no se qué de fatidico é imponente, que todos los circunstantes se sintieron poseidos de un vago terror, difícil de esplicar.

A merced que Orange leia, iba palideciendo y bañándose su frente de un sudor frío; el pliego decia asi:

Me habeis robado mi honor y cuanto amaba sobre la tierra: habia jurado vengarme de vos; pero he detenido la hora de mi venganza, porque con vuestra muerte concluiría la libertad de mi patria y para ella, he hecho este sacrificio; mas ya mi patria es libre, ninguna causa por grande que sea, podría destruir su libertad, y la hora de mi venganza ha sonado. Errante proscripto, miserable y con un nombre supuesto he vagado de pueblo en pueblo, y os he seguido como vuestra sombra; el deseo de conseguir mi venganza me ha sostenido en medio del infortunio y me ha hecho sobrellevar la vida que tanto aborrezco, desde que por culpa vuestra perdi todo cuanto podía hacérmela amar: la hara de mi venganza ha sonado: héme aquí.

Al concluir Orange la lectura, dirigió una mi-

rada de espanto sobre el extraño personaje que tenia delante y lo reconoció. Quiso levantarse para pedir auxilio; pero Ivo, pues era él, no le dió tiempo para ello, y lo tendió muerto á sus piés, de un pistoletazo, y una segunda pistola que tenia preparada, hubiera puesto fin á su vida, á no haberle faltado el tiro.

Despues de la confusion que sembró aquel suceso en los convidados, se lanzaron sobre el asesino, que no hizo ningun movimiento para defenderse, y atándole fuertemente lo condujeron á un oscuro calabozo.

Al dia siguiente se levantó un cadalso en el que debia morir Ivo bajo el nombre de Baltasar Gerard. Sus jueces habian sentenciado que fuese ahorcado y descuartizado despues, y que se colocase su cabeza en lo alto de un madero á la entrada de la ciudad. La sentencia debia cumplirse á las doce de la mañana.

Poco antes de la hora designada sacarou al reo rodeado de guardias de la cárcel y lo condujeron al sitio en que estaba el cadalso. Cuando Ivo salió



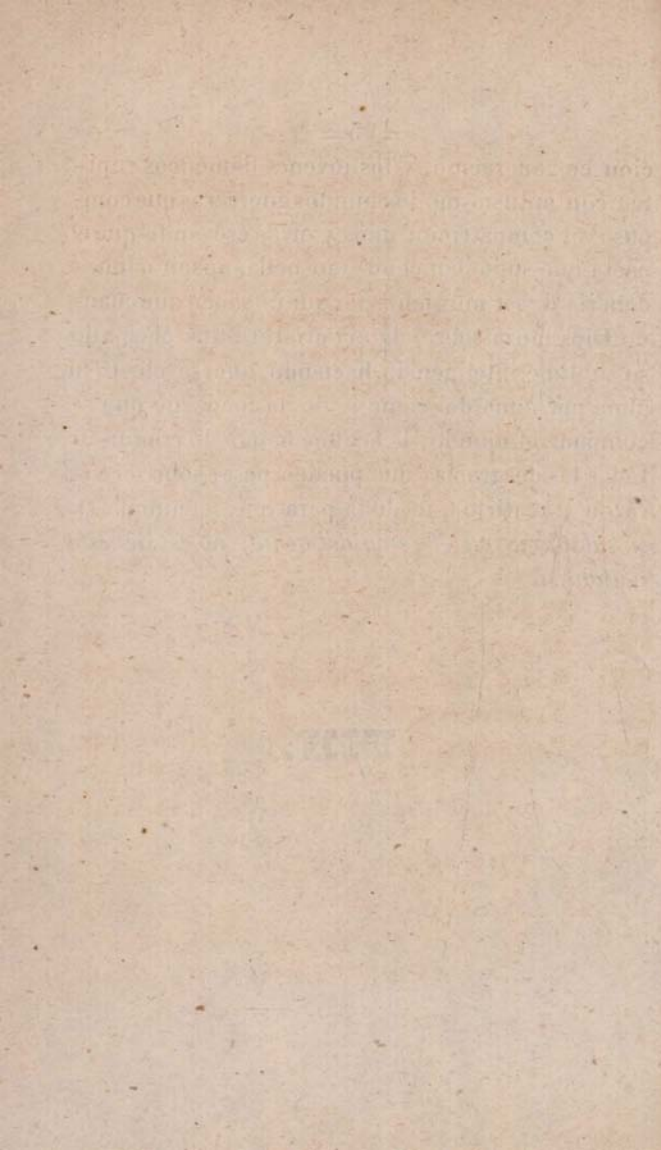
por la puerta de la prision vió sobre una piedra á un anciano pordiosero que lloraba amargamente y teudia hácia él sus brazos descarnados paróse un momento al verlo, y haciendole un saludo se dirigió al suplicio inclinando la cabeza sobre el pecho para que no viesen resvalar [por sus megillas algunas lágrimas, aunque con paso firme y sereno.

Cumplióse la sentencia: todos ignoraron el verdadero nombre del reo, creyendo que habia asesinado á Orange por mandato de los españoles; y contribuyendo mucho á confirmar esta creencia el que en el tormento no hubiese declarado el nombre de ningun cómplice. Colocaron su cabeza en la principal puerta, segun habian sentenciado, y al dia siguiente se encontró muerto al pié del madero en que estaba, y abrazado estrechamente con él, á un pordiosero muy anciano llamado Ismail á quien nadie conocia.

Despues de algunos siglos las jóvenes del Brabant y las de Lowestein, Dordrech y Mastrich cantan las bellas y sentimentales baladas de Ivo Mense, que les han sido trasmitidas de genera-

ciou en generacion, y los jóvenes flamencos repiten con entusiasmo los himnos guerreros que compuso su compatricio; unos y otros creyendo que el poeta que supo concebir tan bellas inspiraciones deberia de ser muy feliz: por que no saben que cuando Dios lanza sobre alguna criatura una chispa de su sublime inteligencia haciendo que se eleve su alma por cima del cieno y de la nada de que se compone el mundo, la acompaña por lo comun de todas las desgracias que pueden pesar sobre el corazon y abatirlo, sin duda para que se cumpla *en su sabiduria que el reino del génio, no es de este mundo.*

FIN.



INDICE.

I.....	Estocadas.	pág. 5
II. ..	Un poeta en el siglo XVI.	48
III...	Laura.	50
IV...	Orange.	40
V....	Coloni.	50
VI...	El judio.	55
VII..	El convite.	66
VIII.	Con la inquisicion chiton.	79
IX...	Aclaraciones.	82
X....	Conclusion.	88

I...	Estados	7
II...	En punto de vista	18
III...	Lasca	50
IV...	Guerra	40
V...	Política	50
VI...	El pueblo	55
VII...	El poder	66
VIII...	Constitución	70
IX...	Administración	82
X...	Conclusion	88

EL RENEGADO.

LEYENDA MARITIMA

POR

D. JUAN FERNANDEZ DE FUENTES.



ALMERIA. = 1854.

Imprenta de la viuda de Buimovich,

á cargo de D. Diego Negrete.

ADRIANUS

LEONARDI MARITIMI

SOR

D. JEAN FERNANDEZ DE ENTE



LIBRERIA

Imprenta de la villa de Salamanca

a cargo de D. Diego Nájera



I.

LA PARTIDA.

EL sol su disco esplendente
con lentitud escondia
entre nubes multiformes
plateadas y carmíneas,
y la bahía de Cádiz
poblada de navecillas,
que al parecer cual gaviotas
la superficie tranquila
del océano azotaban
con blancas velas latinas,
sustentaba con orgullo
la pesadumbre infinita
de las ponderosas naos
de Méjico y de las Indias,
cargadas de plata y oro
y diversas mercancías.

Cádiz, la reina del mar,
al parecer sonreía,
medio velada entre sombras
y alumbrada por la tibia

luz de los postreros rayos
que trémulo el sol la envía,
y humildes olas de espuma
contra su muralla altiva
en caprichoso baiben
se desrizaban sumizas,
besándola cual si fuera
otra Venus adormida.
Un panorama magnífico
coloreado por tintas
sorprendentes y sublimes
el crepúsculo ofrecía
ante los ojos tan bello,
que no es fácil que un artista
con el pincel lo retrate
ni la pluma lo describa.
Mecida sobre las olas
por una aromosa brisa,
rica en esplendor y en galas
y en esperanzas muy rica,
una fragata española
de Cádiz y su matrícula,
sueñas las arrastraderas
con rumbo á Cuba camina;
y un anciano venerable
de mirada franca y limpia,
de frente serena y noble
y cabeza encanecida,
desde la muralla observa,

con atencion muda y fija,
 los movimientos del buque
 que se dirige á la Antilla,
 y lágrimas ardorosas
 con esfuerzo contenidas
 nublan sus ojos y surcan
 sus marchitadas mejillas.

Es muy grato al pensamiento
 ir do no alcanza la vista,
 y soñar que entre las brumas
 un velamen se divisa,
 y hasta creer que un pañuelo
 en aquel instante agita
 sobre la popa la mano
 de alguna persona amiga:
 entonces del ave errante
 la vista y vuelo se envidian,
 y el corazon del que ama
 ó del amigo suspira;
 de sus ojos brota el llanto,
 y al navegante le envian
 con el postrimer suspiro
 el adios de la partida.

.....,.....
 La noche estendió su manto,
 tronó el cañon, huyó el día,
 cerróse el muelle, y la luna
 brilló en el espacio límpida.

GENARO.

Medio envuelto entre las brumas
su velámen colosal,
corta las canas espumas
la fragata sin rival.

Fortuna es su nombre: nave
de tan vella construccion,
que la apellidaba el *Ave*
un viejo y bravo patron.

La envidia el americano
y el ingles codiciador,
mas el pabellon hispano
lleva izado en su mayor:

Tendida al viento su lona
desde que á Cádiz dejó,
caprichosa y juguetona
las bravas olas surcó.

Y sobre su ancha cubierta
con pensativo ademan,
aunque con el ojo alerta,
se descubre al capitan.

Alta estatura, gran alma,
noble y bravo corazon,
para los peligros calma,
é inmensa resolucion;

Todo en Genaro se auna,

porque tal nombre le dan
de la fragata *Fortuna*
al gallardo capitan.

Apenas cuenta veinte años
gastados en recorrer
el mundo y ya desengaños
han amargado su ayer.

Viento en popa se desliza
la velera embarcacion,
y el oleaje desriza
sin ruido y confusion.

Trémulos rayos envia
la luna sobre la mar,
y en brillante joyería
cambia su espuma al rielar.

Todo es silencio; si acaso
se percibe algun rumor,
es de un marinero el paso,
de una grua el estridor.

Junto al timon reclinado
con pensativo ademan,
sigue el jóven y envidiado,
el gallardo capitan.

Pretende su vista errante
ver un lejano confin,
olvidando que delante
está el espacio sin fin.

«Allí dijo suspirando,
mi adorada Julia está,

cuando la veré yo, cuando?
muy tarde ó nunca quizá...»

Y el infortunado amante
un suspiro al viento dió,
y el espacio delirante
con sus ojos devoró.

¡Ay, pocas veces el alma
se impregna en felicidad,
porque sabe que á la calma
se sigue la tempestad!

Breves los instantes son
del placer, breve la vida,
y la ilusion escondida
en juvenil corazon,

Y de la cuna á la muerte
bien se pueden comparar
los caprichos de la suerte,
con los caprichos del mar.

Tiene el alma la esperanza,
y la amistad y el amor,
que en la tormenta y bonanza
son el faro protector.

Faro que dice en sns señas
que hay una muerte cruel
bajo las olas risueñas
que besan nuestro bajel.

¡Ay, pocas veces el alma
se impregna en felicidad
porque sabe que á la calma
se sigue la tempestad!



UNA HISTORIA.

Cuando era Cádiz la joya
mas rica del reino hispano
el emporio del comercio,
el puerto mas visitado,
y al que llegaban las flotas
del continente Peruano,
y de Méjico y de Cuba
las siempre cargadas naos,
se citaban como tipo,
por sus caudales ganados
con el comercio y la industria,
dos comerciantes, esactos
siempre en cumplir sus promesas
y en verificar sus pagos;
Juan Ruiz se nombraba el uno
y el otro Tomás del Pando,
y eran ambos mas que amigos
afectuosos hermanos.
Los dos en sus matrimonios
habian sido desgraciados
pues murieron sus mujeres
dejando cada una un vástago.
Un niño le quedó á Ruiz
y una bella niña á Pando
y esta circunstancia hizo

que se estrechasen los lazos
que á los amigos unian,
porque corriendo los años
crecieron en hermosura
los niños Julia y Genaro,
y los padres convinieron
con un apretón de manos
en casarlos cuando hubiesen
á mayor edad llegado;
y así fué que desde niños
á amarse los enseñaron.
Formaban un gran contraste
los jóvenes, pues Genaro
tenia la tez morena,
ojos muy grandes y pardos,
y eran tambien sus cabellos
muy negros y ensortijados
y peinaba Julia trenzas
muy blondas, como los rayos
del sol, y era su tez blanca,
sus ojos azules, claros,
puros cual los de una virgen
de Rafael, y velados
por pestañas muy pobladas
de oscuro color castaño.
Pasó un año velozmente
y así varios resvalaron;
la niña llegó á doncella
llena de gracia y encantos.

y el niño á ser un mancebo
muy apuesto y muy gallardo.
Todo en Cádiz sonreía
á los dos enamorados,
sus almas se comprendieron,
sus corazones, se hablaron.
Mas nunca van en la tierra
bienes con bienes aunados,
pues el Hacedor dispuso,
sin duda en sus juicios altos,
que caminase el dolor
con los placeres mezclado,
y los instantes de dicha
con largas horas de llanto.
De repente los negocios
de Ruiz se paralizaron,
quiebras de corresponsales,
pérdidas, robos, naufragios;
todo al parecer se aunaba
para herirlo y arruinarlo.
En tal conflicto dispuso
que con el único barco
que le quedaba, marchase
á las Antillas Genaro,
á fin de cobrar las deudas
de que dependiau sus pagos.
Gran afición desde jóven
habia Genaro mostrado
á la marina, y su padre

solo por no disgustarlo
dejó que estudios hiciese
del pilotage y de varios
conocimientos que hicieron
al jóven marino sabio.

Apenas adolescente
habia Genaro viajado
en barcos propios, si bien
nunca á paises lejanos.
Era forzoso partir,
todo fué al punto arreglado
y en breves dias se hizo
del buque *Fortuna* cargo
el jóven Ruiz por ahorrar
á su padre algunos gastos,
aunque á bordo conducia
un contramaestre práctico.
No faltaron juramentos
y Julia abrazó llorando
á su amante, pues creia
que el mar iba á sepultarlo,
por no sé que triste sueño
ó que funesto presagio,
que á veces el corazon
nos habla un lenguaje estraño.
Presentimientos decimos,
sueños, mas sucede acaso
que el alma inquieta adivina
la triste verdad soñando.

Partió el buque y se perdió
en el horizonte vasto,
dejando dos corazones
en el dolor abismados.
Triste condicion humana
vivir siempre suspirando,
hoy el bien que se desea
mañana el bien que ha pasado.....



EL COMBATE.

Todo á la bella fragata
la acompañó en su viaje,
viento igual, dulce oleaje
y ninguna tempestad.
Vió al pico de Tenerife
brotar del mar, cual gigante
que pretendiera arrogante
escalar la inmensidad.

Sin que nublara los cielos
la mas leve nubecilla,
sin que su robusta quilla
temiese nunca encallar,
pues si era un dia sereno
otro mejor le seguia
y al parecer sonreia
al navegante la mar.

Ni una vela sospechosa,
 sus aguas cruzó enemiga,
 pues toda nave hizo amiga
 su nacional pabellon.
 Ni una racha, ni una tromba
 su rumbo habia detenido,
 ni aun lejano se habia oido
 el estruendo del cañon

.....

.....

Era una noche: la luna
 vertia fulgores trémulos
 y los otros astros émulos
 pretendian competir
 por su brillantés purísima
 con la vespertina diosa,
 y el mar su luz caprichosa
 se gozaba en confundir.

«Vela» gritó un marinero,
 y al dar esta voz de alerta
 apareció en la cubierta
 de la nave el capitan,
 y á favor del anteojo
 que acorta el basto Océano
 percibió un buque lejano;
 pero en hostil ademan.

«Es un pirata sin duda
 ese bergantin velero,»
 dijo un viejo marinero

mirando con atencion.

«Ved, capitan como quiere
tomar por la popa el viento
para cazar sotavento
y abordarnos el bribon.»

«Silencio y todos arriba
dijo el capitan, y al punto
el corto equipaje, junto
vino la popa á ocupar.

«Puesto que huir no podemos
porque seria locura,
serenidad y bravura
y prepararse á luchar.»

Asi les habló Genaro,
le oyeron atentamente
y cada cual diligente
su arma impávido cargó,
pues eran los marineros
de la fragata española
hombres que ni una vez sola
el peligro acobardó.

Cuatro pedreros llevaba
el buque, los alistaron
y serenos aguardaron
la voz del patron novel
que junto al timon seguia,
al parecer sin zozobra,
la estudiada maniobra

del misterioso bajel.

.....

La luna huyó muy despacio
 pesarosa hácia occidente
 y apareció por oriente
 una suave claridad,
 que se extendió poco á poco,
 por la cerúlea techumbre
 y se tornó en viva lumbré
 que ahuyentó la obscuridad.

Salió el sol, las bravas olas
 un instante enmudecieron
 y al parecer absorvieron
 su fuego germinador.
 Saltó una brisa muy fresca,
 desaparecieron las brumas,
 y de las blancas espumas
 se oscureció algo el color.

De repente un cañonazo
 turbó el matinal sosiego
 y una nube de humo y fuego
 al bergantín envolvió,
 y al disiparse en el tope
 de su mayor la *Fortuna*
 pudo ver la media luna
 que el buque enemigo ióz

«O morir como valientes
 ó perecer como perros

entre abrumadores hierros
en las mazmorras de Argel,
y pues lo quiso el destino
dijo Genaro, muramos
antes que á servir vayámos
de juguetes á un infiel...»

Tales palabras dictadas
por un sublime desnudo
hubieran borrado el miedo
del mas débil corazón,
y un cristo y un viva España,
que infundió en el moro espanto,
fué el grito sublime y santo
que dió la tripulacion.

Una andanada terrible
partió del buque corsario
con un grito extraordinario
que hizo su casco temblar;
y entrambas embarcaciones
que corrian paralelas,
á un tiempo amainaron velas
dispuestos á pelear.

Reinó una imponente calma
muy cerca de media hora,
cual la calma aterradora
que precede al huracan;
se aproximaron las naves
berberisca y española,
y al tiro de una pistola

vomitaron un volcan.

Se batia bravamente
la fragata; pero en vano,
que puede mas el milano
que la paloma torcaz.

Y aunque la cubrió la muerte
con ensangrentadas alas
y aunque llovian las balas
se defendia tenaz.

Volaron en mil pedazos
sus mástiles y juanetes,
se undieron los filaretos,
la pólvora se acabó.
Y del infeliz herido
el postrimero lamento
con el ronco juramento
tristemente se mezcló.

.....
Pardas nubes polvorientas
los dos barcos circundaron
y mil veces se escucharon
los estruendos del cañon.
Trascurrieron muchas horas,
mas venció la media luna
y sucumbió la *Fortuna*
como sucumbe un leon.

EL ESCLAVO.

Oscura es la noche, densísimas brumas
estienden sombrías un negro crespon,
no juegan las brisas con blancas espumas,
se estreñan las olas con lúgubre son.

Veloz como el ala de altiva gaviota,
que intenta los mares soberbia cruzar,
con prova acerada intrépido azota
el buque corsario las olas del mar.

Oscura es la noche, del viento al silvido
se mezcla un salvaje confuso el rumor.
que tórnase á veces en ronco alarido.
ó en risas, ò de ayes en vago clamor.

Nadie el timon rige del buque maldito,
desierto parece que está el bergantin;
pero alegres risas, y algun que otro grito
y el ruido de vasos delata un festin.

En la mas inmunda y oscura piscina
de aquel barco inmundo como un muladar,
y en su negra y honda y ahogada sentina
yace un hombre atado á un férreo pilar.

De un farol lejano un débil destello
trémulo ilumina la triste prision,
y el pálido rostro del capitan bello
de la nave hispana que abrazó el cañon.

Algunas heridas le arrancan quejidos
y algunos recuerdos un grito febril,
y agita sus hierros lanzando gemidos
y llama à la muerte mil veces y mil.....

No acude la muerte al vano lamento
de un alma que sufre suplicio cruel;
se goza en que dure su acerbo tormento
y apurar le deja la copa de hiel.

Si al grito acudiera de aquel que padece
trocara la tierra en vasto erial;
dichoso el que sufre un hora y perece
sin que el puñon sienta de un dolor letal.

—
Todo en la sentina tranquilo ha quedado
por un breve instante, se apagó el farol,
y en densas tinieblas quedó sepultado
el cuerpo del triste marino español.

Del mísero esclavo que oprimen cadenas
el alma indomable humilla el pesar,
y tanta amargura, tan crueles penas
doblegan su orgullo, le hacen delirar.

»¡Ay! dice, lanzando un hondo suspiro,
Cádiz, patria mia, do gozaba ayer...
mi Julia... mi padre... Dios santo y respiro?
adios dulces sueños de amor y placer...!

Lágrimas ardientes sus ojos cegaron
y con fiero impulso su cuerpo encorbó;
pero las cadenas su fuerza agotaron,
y dando alaridos inerte quedó...

Por anchas heridas su sangre corria,
 sus ojos perdieron el feroz brillar
 y estravió el delirio á su fantasia,
 y olvidó sus penas y empezó á soñar.

Soñó que se hallaba perdido en las calles
 de un bosque encantado en noche sin fin,
 y que hasta su oído llegaban mil ayes
 mezclados al ruido de alegre festin.

Soñó que lo alzaban en robustos brazos
 y que lo lanzaban en la inmensidad,
 y que en vez de hacerse su cuerpo pedazos
 recobró la dicha con la libertad.

Soñó que á sus ojos miraban los ojos
 claros y serenos de un ángel de amor,
 y que se escapaba de unos lábios rojos
 un perfume suave como el de una flor.

Soñó que una jòven de diva belleza
 vestida con rico *kaik* oriental,
 vendaba su débil y herida cabeza
 con un perfumado, ligero cendal.

Soñó que el aliento de aquella hermosura
 refrescó sus lábios y calmó su sed,
 y que una voz dulce, suavísima y pura,
 trémula decia, «Cristiano, bebed.»

Soñó que gustaba sabrosa bebida
 que prestaba fuerzas á su corazon,
 y entreabrió sus ojos y volvió á la vida,
 y oyó de una guzla el mágico son.

Y á poco un acento triste y melodioso

se mezcló al confuso murmullo del mar,
y al principio trémulo, despues amoroso
de aquesta manera comenzó á cantar.

—
«Eres mas bello, cristiano,
que el mas bello *kulugli*,
bendito Allah soberano
y dichoso el noble anciano
á quien honra su hijo asi.

Zahra me llamo, soy mora
hija de Alí el Djezzar,
y desde Ispahan á Bassora
ví todo cnanto el sol dora,
sin padecer ni gozar.

Tengo un palacio encerrado
en un ouaddi de Argel,
y esclavas que me han bañado
con un perfume sacado
del jazmin y del clavel.

Tengo *salmas* de diamantes
kaiques de seda y de tul,
y riquísimos turbantes
y las perlas mas brillantes
que hay de Damasco á Stambul.

Tengo encantados jardines
en donde en alegres coros
cantan bellos colorines,
entre los blancos jazmines
y en bosques de sicomoros.

Y tengo un alto terrado
desde donde miro al mar
por la luna plateado;
pues todo lo hubiera dado
por no oírte surpirar...

Cesó de repente la guzla, y el viento
llevó hasta el marino un ¡ay! de dolor,
un débil suspiro que espresa el tormento
de un alma que sufre pesares de amor.

En la proa canta un moro embriagado
y dice riendo: Jugad y bebed,
que por hoy perdona nuestro gran pecado
en gracia del triunfo el santo Mahomed.

Y rompió su vaso, y el vino espumante
saltó de las copas y rugió el festin,
y en tanto sin rumbo como ave errante
las olas altivo corta el bergantin.

D. JUAN RUIZ.

Seis meses han transcurrido
desde que partió el bagel,
único que le quedaba
al que poderoso fué.
Seis siglos le parecieron

al triste anciano, su tez
adquirió un color sombrío
y acabó de encanecer.

Mientras esperanzas hubo
de que pudiera tal vez
dar la vuelta la fragata,
Pando fué un amigo fiel.

Pagaba todas las letras
que podían comprometer
el crédito de su amigo,
sin exigirle interés...

Al menos, esto decían
algunos hombres de bien
de los que todo lo saben,
ó lo pretender saber.

Mas pasan días tras días,
largas semanas despues.
y los apuros de Ruiz
son mayores cada vez.

Muy poco á poco las gentes
se iban alejando del
y la envidia su veneno
vilmente empezó á verter.

Perdió el crédito su casa,
se discutió su honradez,
se le llamó torpe y tonto;
y hombre incapaz de entender
la marcha de los cacaos
del azúcar y el café.

Sus deudores con audacia
finjian no conocer
en el anciano abatido
al hombre de buena fé
á quien estafar supieron,
y el acreedor descortés
con insultos le abrumaba,
tratándolo con desden.

A una señalada fecha
le habia dado un pagaré
á su buen amigo Pando
sin conocido interés...
Vencióse el plazo fatal,
y no llegó á parecer
ni el barco, ni rastro alguno
que diese á la espera pié,
y Pando embargó los bienes
que al infeliz mercader
le quedarán pobre sombra
de su antigua esplendidez.

Ruiz á todos los reveses
de la fortuna cruel
los hubiera despreciado
con sublime intrepidez;
pero al pensar en su hijo
en el gallardo doncel
norte de sus esperanzas,
consuelo de su vejez,
era su pesar tan grande

cuan grande fué su placer,
y le lanzaba el dolor
en horas de insensatez.
Pasábase muchos dias
sin dormir y sin comer,
contemplando el Océano
con la mirada de aquel,
que cual Tántalo se abrasa
en inestinguible sed,
y escuchando de las olas
el bullicioso baiben.
A todos los marineros,
de la Habana ó de Chile
pregunta por la fragata
y su capitan novel.
Unos atentos responden
al anciano, y otros rien
le miran con estrañeza
sin quererle responder.
Algun alma compasiva
cuando al comerciante vé
dice: Darle el barco á un niño,
qué habia de suceder?...
le está muy bien empleado,
le enseñará este revés
á no esponer mas sus barcos,
si algunos tiene otra vez.
Tantos golpes repetidos,
tan continuo padecer

destruyeron con violencia
su natural robustez.

Se convirtió en una sombra;
el que le conoció ayer
contemplaba con asombro
su estremada palidéz,
sus blanquísimos cabellos,
que empezaban á caer,
y de sus hundidos ojos
la insensata brillantez.

Enfermó, y el hospital
llamado en Cádiz del Rey,
le abrió sus puertas y allí
dió su alma al Supremo Ser,
abandonado por todos
aquellos á quienes él
habia servido y prestado
su bolsillo y validéz.

Sin ser llorado por nadie
fué enterrado en san José,
en donde comprara un nicho
próximo al de su mujer,
y ninguna mano amiga
sobre la blanca pared
el epitafio escribió
del infeliz mercader.

VIII.

JULIA.

La caprichosa fortuna
á veces á manos llenas,
dá reunidas muchas penas
ó dulces goces aduna.

Pando veia crecer
su fortuna colosal
cuando Ruiz su capital
miraba desaparecer.

Todo al uno le afligia,
todo al otro le albagaba
y cuando el uno lloraba,
feliz el otro reia.

Siempre suele suceder,
que para hacerlo mayor,
sea contraste del dolor
el mas completo placer.

Pando era un gran potentado,
y su hija bella un partido
que al D. Juan mas aguerrido
le hubiera catequizado.

Porque es fácil obtener
del mas duro solteron
que balle gracia en un millon,
aunque á él siga una muger...

Era Pando un hombre honrado

segun el vulgo decia,
 porque á nadie le debia,
 pagando siempre al contado.

La sociedad gaditana
 solia llenar sus salones,
 y daba grandes funciones
 en sus quintas de Chiclana.

Y como todos comian
 á costa de anfitrión
 con el alma y corazón
 sus palabras aplaudian.

Insulsos aduladores
 siempre cercaban á Julia,
 en el paseo y tertulia
 prodigándola mil flores.

Y no faltaban poetas
 pulidos y almivarados,
 que sudaban apurados
 cien sonetos y cuartetas.

Quién cantaba de sus ojos
 el límpido azul oscuro,
 y quién á su aliento puro,
 y quién á sus labios rojos.

Mas en vano se cansaban
 los barbudos ruiñeños,
 porque sus trovas de amores
 á la niña fastidiaban.

Cual todos habia creido
 la muerte de su adorado.

y en silencio había llorado
su primer amor perdido.

Huyó un día y otro día,
y los meses trascurrieron,
y los recuerdos perdieron,
su dulce melancolia.
continuamente obsequiada
y eternamente aplaudida,
el tiempo cerró la herida
que en su corazón guardaba.

Niño el que mide su ayer
por un lejano mañana,
y llora la sombra vana
de la ilusión y el placer.

Tristes almas las que fían
en la más firme constancia
porque el tiempo y la distancia
al corazón estravian;

Y el recuerdo desaparece
como una nube ligera,
y otra mundanal quimera
con clara luz resplandece.

Dichoso el que con la ausencia
probó el amor de su dama,
y halló en su amorosa llama
la misma pura vehemencia.

Julia que con distracción
había escuchado el murmullo
de voces que en torno suyo

lanzaban la adulacion.

Un dia empezó á escuchar
aquellas frases galantes,
que una multitud de amantes
repetian sin cesar.

Y en vez de haberla servido
aquel rum rum de un beleño,
que en el mas profundo sueño
la debiera haber sumido

Entre todos eligió
al marqués de la Esperanza,
porque en una contradanza
como ninguno lució.

Un título puede mucho,
y aunque rico era espedientes,
de todos los pretendientes,
era el marqués el mas ducho.

Tal es nuestro corazon,
una nada lo alucina;
Julia compró su ruina
á trueque de una ilusion.

No se descuidó el marqués,
supo asegurar su presa,
y la niña fué marquesa
antes que pasara un mes.

ZAHRA.

Rico es el bravo Corsario
Ben Ali-el-Djezzar,
y goza en Argel y en Túnez
de gran popularidad.

Ninguno la media luna
con mas suerte pudo izar
desde el mar Mediterráneo
hasta los mares de Osman.
Con su bergantin velero
apellidado Abdallah,
corrió en corso estensas playas,
sin que encontrase jamás
un buque á quien no burlarse
ó no pudiese apresar;
verdad que era su barco
veloz como el huracan.
Al parecer la fortuna
se habia propuesto colmar
la medida de sus dones,
dándole al moro una gran
escogida y rica joya,
que hizo su felicidad.
en una hechicera hija
hurí que de Argel á Oran,
la adoraban los poetas

como á una divinidad,
como á la *flor* mas hermosa
de los jardines de Allah.
Eran los ojos de Zahra,
que así la solian llamar,
garzos, de mirar dulcísimo,
su rostro moreno oval,
su esbelto talle de Oundina,
negras sus trenzas sin par
muy pobladas y sujetas
con la salma de metal.
Cuando al caer de la tarde
descendian del mirhab
el santón ó el moravido,
hacia ella resonar
á su trinadora guzla
con un gusto sin igual;
y cantaba unas canciones
que habia aprendido en Ispahan.
Si algun creyente la oia
por una casualidad,
cuando desde su terrado
contemplaba absorto el mar;
en éstasis se quedaba
y juraba por Mahomad
que habia escuchado una hurí
de los edenes de Allah.

«Cristiano, por qué suspiras

dia y noche sin cesar?
No recorres los jardines
con entera libertad?
No eres dueño de las frutas
mejores, y el manantial
á quien cercan las palmeras
no intenta tu sed calmar?
No te ofrecen sus perfumes
el jazmin y el tulipan,
no se mezclan con el aura
para logarte agradar...?
Todo lo que ves no es tuyo? ..
y aunque aquí cautivo estás
no he procurado que sea
dulce tu cautividad...?

No suspireis mas, cristiano,
pues te juro por Allah ,
que cada suspiro tuyo,
viene mi alma á traspasar...
Asi la flor de la Argelia
con cariño y dignidad,
y con emocion profunda
que en vano quiso ocultar
interrogaba á Genaro,
que en su lenguaje oriental
le contestó á la hermosura
con respetuoso ademan .
«Bendigate Allah porque eres
bella y compasiva al par,

mi corazon no es ingrato
á tu infinita bondad...
¡Mas ay! si cruzas los mares
un uoble anciano verás
que llora al hijo querido
que fué su honor á salvar,
y á una jóven española
de hermosura angelical,
que viste luto pensando
que á su amante tragó el mar...
Las causas de mi tristeza
Zahra, las conoces ya,
y cada dia se aumenta
mi zozobroso pesar.
No es ingrata el alma mia,
ni lo pudo ser jamás,
agradezco tus favores,
nunca los podré olvidar;
pero déjame que muera
olvidado, pues podrá
solo la muerte mis penas
de mi corazon borrar.»
Escuchó al cristiano Zahra
con un angustioso afan
y de sus ojos pugnaron
las lágrimas por brotar.
Pasaron breves instantes
de silencio.—«Quiera Allah,
dijo la mora, que encuentres

el bien que vas á buscar...
 Vete, cristiano, en buen hora,
 libre como el aire estás;
 compra un bagél, toma oro
 y este soberbio collar
 de perlas, que te suplico
 aceptes; él mi amistad
 cuando seas muy dichoso
 tal vez te recordará.
 Y si la dicha que esperas
 sueño se llega á tornar,
 toma con tu nave el rumbo
 otra vez de esta ciudad,
 que aquí hallarás mis jardines
 aun mas tristes que ahora están,
 pero brindándote flores
 y sombra plácida y paz;
 Al concluir estas frases
 huyó la jóven beldad,
 dejando á Genaro como
 si acabase de soñar;
 y cuando al fin comprender
 pudo su felicidad,
 le abrumó tan cruelmente
 como si fuera un pesar,

.....

Apenas sobre la tierra
 se estendió la claridad
 de un sol de otoño, y ya un buque

se preparaba á levar
 anclas, del puerto de Argel
 é impaciente el capitan
 al marinero animaba
 con placentera ansiedad.

A fin esfuerzos reunidos
 lanzaron el buque al mar
 y se deshizo veloz
 sobre su inmenso cristal.
 Los ojos de una morisca
 con triste tenacidad
 siguieron la blanca estela
 de la nave hasta que ya
 no pudo en el horizonte
 sombra alguna divisar,
 y entonces llorando dijo:
 «Cristiano, porqué te vas...!»



EL REGRESO.

Duerme Gades envuelto en densas nieblas,
 y ruge cual leon encadenado
 el mar que sus murallas desmorona
 amenazante siempre, y siempre esclavo.

Todo es misterio y sombra, vagamente
 resuena por las calles y terrados
 el fúnebre clamor de las campanas

mezclado al rebramar del Océano.

Porque es aquella noche la mas triste,
la mas larga quizá de todo el año;
noche fatal que al corazon angustia
preñada de suspiros y de llanto.

Noche en que sufre el corazon amante,
y sufre mucho mas el que fué amado,
noche en que al sueño siguen tristes sombras
y recuerdos de bienes que pasaron.

Noche que abate el alma del ateo,
noche que humilla al poderoso vano,
noche sin fin en que los años vuelan
y enlázanse el presente y el pasado.

Todo respira lúgubres ideas,
todo respira desconsuelo amargo
para el alma sensible y religiosa
en la noche fatal de Todos Santos.

Duerme Gades, la niebla en fina lluvia
se deshace con un murmullo ahogado,
y remeda al caer el misterioso
y vago ruido de furtivos pasos.

Solo una luz apenas se percibe
en un antiguo caseron aislado,
cuya mole sombría se destaca
en una plazoleta de S. Carlos.

Junto á una mesa pálido y sombrío
como la imágen del dolor, Genaro
oye una triste historia referida
por Baltasar su antiguo y fiel criado.

Cada palabra que ha su oído llega
en derretido plomo cae despacio
sobre su corazón, que se complace
en gustar el dolor á cortos tragos.

«Vuélveme á repetir, con ronco acento
dijo á su servidor, lo que has contado,
para que escrito quede en mi memoria,
y la muerte no mas pueda borrarlo.»

Y comenzó á escuchar ansioso y mudo,
lleno de angustia y en sudor bañado,
una vez otra vez la triste historia
que repitió su servidor anciano.

Y cada vez que percibió su oído
dos nombres con la historia entremezclados,
una amarga sonrisa amenazante
hizo temblar sus contraídos labios.

La historia terminó, y á un aposento
que á su padre sirviera de despacho,
se retiró despues el triste jóven
una cruel venganza meditando.

Y hasta que de la noche lentamente
se empezó á descorrer el vele opaco,
el viejo Baltasar percibió gritos
con sollozos tristisimos mezclados.

El sol aparecio, sol de noviembre
con timidez y perezosos rayos,
y Genaro salió de aquella estancia
con torbo ceño y con incierto paso.

«Baltasar, es preciso que se ignore,

lo entiendes bien? que entre los vivos me hallo,
para que mi venganza le sorprenda
al vil amigo y miserable avaro:

Olvida que me has visto, por el cielo,
y pues que por fortuna te ha nombrado
guardian de esta mansion, que ignore ahora
que mi venganza y su esterinio fraguo.»

Guardar eternamente aquel secreto
Baltasar ofreció, y entre sus brazos
al jóven que meció niño en la cuna
estrechó muchas veces sollozando.

Dejó Genaro con dolor profundo
la casa en que pasó sus tiernos años
y á la mansion tranquila de los muertos
se encaminó al oir un cañonazo.

—
Una lámpara triste y moribunda
remedo fiel de un corazon luchando
con las postreras ansias de la muerte
al convertirse en despreciable barro.

Derramaba su luz débil y opaca
sobre un altar desnudo y solitario
do se elevaba la divina imágen
del Redentor del hombre agonizando,

Cerca de la capilla se halla un nicho
sin versos, ni palabras en su mármol
que el nombre indique del mortal que fuera
del mundanal torrente separado.

Y sobre aquella humilde sepultura

sacrilego puñal y osada mano
trazó con sangre en perceptibles letras
este sencillo y lúgubre epitafio.

*Descansa en paz, juguete de la suerte,
que apuraste el dolor y el desengaño,
y debajo: Aquí llase el comerciante
D. Juan Ruiz: Dios le tenga en su descanso.*

.....

Visitó por la tarde el cementerio,
como es costumbre al pueblo gaditano,
y asombradas las gentes releian
sin comprenderlo el epitafio extraño.



El sueño del codicioso.

El poderoso Pando
para solaz tenia
entre Jerez y el Puerto
una preciosa quinta,
rodeada de acacias,
como un nido escondida
entre los limoneros,
los granados y lilas.
Todo respira calma,
todo al placer convida
bajo las parras verdes,
tras de las celosias.

Era una noche clara,
apacible y tranquila,
en que con mas pureza
los bellos astros brillan
prestando al mar y al bosque
encantadoras tintas
y á los dolores calma,
y al corazon delicias.
Grato rumor esparce
la caprichosa brisa,
ya robando perfumes
á las violetas tímidas,
y fingiendo suspiros
al resbalar sumisa
entre las anchas hojas
de la palmera altiva;
ya rizando la espuma
que por la luna herida
forma bellas cascadas
de rica pedreria
al estrellarse trémula
en la arenosa orilla.
Era en fin una noche
de Julio, en que la lira
del trovador resuena
con grata melodia,
y en que sueña la mente
y en los espacios giran
mil risueñas deidades

que á la ilusion abrigan
bajo sus blancas alas
y á la esperanza amiga;
noche en que espera el hombre
con pesadumbre el día,
en que las horas vuelan
y en que es bella la vida.

En una hermosa estancia
que adornan esquisitas
colgaduras de seda
legidas en la India ,
en una mesa el codo,
la mano en la megilla
el comerciante dueño
de aquel Eden medita.
Sobre sus labios juega
una triste sonrisa
y con pesar creciente
tembloroso suspira,
hasta que al fin tronando
el dolor que le agita,
con coléricas frases
lamenta sus desdichas;
y en verdad que es muy justa
la causa que le abisma
en un mar de inquietudes,
que lentas le aniquilan.

En un año ha perdido

diez naves que venian
de Méjico, de Cuba,
de Calcuta y de Lima.
no porque tempestades
destrozasen sus quillas
en ignoradas costas,
ni por razon del clima,
ni por la horrible lepra,
ni la fiebre amarilla,
ni el gusano del Congo,
ni porque calmas chichas
en golfos apartados
con el hambre reunidas
dejasen á sus naves
sin proteccion ni guia.

En un año ha sufrido
pérdidas inauditas,
que no son de la suerte
ni del acaso hijas,
sino combinaciones
de una mano enemiga,
que en llanto y luto trueca
todas sus alegrías.

Un corsario argelino,
siempre en la época misma
en que vienen sus barcos
del Perú y las Antillas,
con un bergantin fiero
los bate y los cautiva.

A su terrible nombre
no hay barco que no rinda
la bandera y se entregue,
y es tanta su osadía
que junto á Cádiz cruza
y al parecer combina
de los barcos la vuelta
al mirar la partida.

Ahmet Khamsin se llama
esa hiena marina
que á Pando en la miseria
rápido precipita.

Dicen que es renegado,
que su mirada es fija
cual la de los halcones,
y negra su pupila,
que su estatura es alta
que su voz cuando anima
al combate á los suyos
en los oídos vibra
como el feroz rugido
de un león de Numidia.

.....
Ya el sol entre celages
su clara luz vertía
y aun Pando tristemente
con la causa no atina
de la terrible guerra
y la audacia infinita

con que el fiero corsario
va labrando su ruina.

La conciencia muy bajo
alguna vez le indica,
que aquel es un castigo
que sufre su codicia.



Ahmet Khamsin y Zahra.

Huye lentamente el dia
y envia

trémulos rayos el sol,
las aguas del mar dorando
y los celages pintando
con un brillante arrebol.

Los minaretes destellan
y descuellan
sobre las plazas de Argel,
y recuerdan los santones,
del Córán las prescripciones,
al pueblo sumiso y fiel.

En un divan encarnado
y bordado
con oro y con piedras mil,
duerme una morisca hermosa,
como la mas fresca rosa
de las mañanas de Abril.

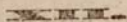
Por un aljimez calado
y velado
con cortinages de tul,
se percibe vagamente
el murmurar de una fuente
y del cielo un bello azul.
Brilla el moreno semblante
interesante
de aquella mágica huri,
sobre la seda bordada,
suave y abrillantada
de un almohadon carmesí.
Una brisa perfumada,
refrescada
por las sombras de un vergel,
esparce en aquella estancia
la seductora fragancia
del jazmin y del clavel.
Y desriza suavemente
só la frente
de aquel ser semi-ideal
negros cabellos brillantes,
con perlas y con diamantes
tegidos á la oriental.
Tendió la noche su manto,
nuevo encanto
prestando al mar y al jardin;
se oyó al bulbul escondido
en el primoroso nido

nombre que en la mar aterra,
 y es una señal de guerra
 desde confin á confin;
 Era ahora poco cristiano;
 y en pagano
 por su gusto se tornó;
 é izó en nave muy velera
 la roja feroz bandera
 con que al cristiano aterró.
 Jamás hubo un renegado
 mas taimado
 en Túnez, Tànger y Oran,
 cuando cruzaba en su nave,
 voladora como un ave,
 desde Tarif á Tetuan.

Del Oriente en la alta cumbre
 viva lumbre
 lanzó placentero el sol,
 tiñendo el inmenso espacio
 de záfiro y del topacio,
 y de mágico arrebol;
 Y pintadas mariposas
 en las rosas
 se venian á posar.
 húmedas con el rocío
 que el sol ardiente de estio
 iba muy pronto á secar.

Cerca estaba de la puerta
 entreabierta
de un haren encantador,
por dos eunucos guardado,
puesta la silla y bocado,
un caballo corredor.
En su arrogante cabeza
 y la viveza
de su ojo intrépido y fiel,
un moro habria descubierto
á un hijo del gran Desierto
en el hermoso corcel.
Se oyeron los tristes ayes
 en las calles
de un oasis de verdor,
del alma que se lamenta
porque brevemente cuenta
las delicias del amor.
Y tras de una celocia
 muda y fria
dejando el llanto correr,
Zahra suspirando dice
al tiempo que se deslice
lento en noches de placer.
Se percibieron pisadas
 y apagadas
voces que el viento arrastró.
Salió el moro y complacido
al ver su dueño querido,

el caballo relinchó;
 Y chispas sus herraduras
 de las duras
 piedras, hicieron brotar,
 y bañó el freno en espuma,
 lleno de alegría suma
 porque Ahmet le habló al montar.
 Mandó un adios á un terrado
 elevado
 Khamsin, flotó su albornos,
 y cual la luz que destella
 una fulgida centella,
 partió su corcel veloz.



La pena del Tallon.

El tiempo no corre, vuela,
 dice no sé que cancion,
 mas para algunas criaturas
 no corre el tiempo veloz;
 antes bien si ellas pudieran
 hacer que en torno del sol
 girase á su arbitrio el Orbe,
 caminaria el reló
 como camina la bala.
 á quien despide el cañon,
 porque de la insertidumbre

sufren el suplicio atroz.
Lentamente apura Pando
toda la hiel del dolor,
de una péndola siguiendo
el igual y lento son.
No es hoy el hombre orgulloso
soberbio y despreciador,
con el gesto del que tiene
para un capricho un millon;
es un viejo macilento
sin voluntad, ni valor
pálido, encorbado y triste
roido por la afliccion.
Es un alma á quien humillan
los pesares y el terror,
espíritu acobardado,
falto de resignacion.
Sobre él pesaron las horas,
como el peso destructor
en los dias de un malvado
de la maldicion de Dios.
Hoy sus salones no puebla
una brillante reunion,
ni el parasito le aplaude
con acento adulator;
y le saludan muy pocos
de aquellos á quien sirvió,
aunque en gran parte conserva
un resto de su esplendor.

Solo algun necio que ignora
su angustiosa situacion
junto á él pasa dando muestras
de un respecto que esplotó,
y algun amigo antiguo
con gesto consolador
le da la mano, y le ofrece
benévola proteccion.
Todas estas atenciones
son cual los rayos que el sol
lanza al morir entre nubes
de ceniciento color.
Clava mas honda su garra
en el débil corazon
de un codicioso el pesar,
que en alma que no ambició.
Cuando Pando fué perdiendo
la gran consideracion
con que todos le miraban,
gotas de sangre lloró.
Y cuando á su gran caudal
con asombro y confusion,
cual desaparece el humo
desaparecer lo vió:
gruesas arrugas surcaron
su rostro, perdió el color,
se hizo su mirar sombrío,
y del todo encaneció.
Cifra toda su esperanza

el avaro viejo boy
en un barco que podrá
ser su bote salvador,
y librarle del naufragio
en que morirán sinó
su crédito y su fortuna,
por ser el tal portador
de ricas mercaderias
de Méjico y Nueva-York.
«Quién, pensaba tristemente,
me digera á mí, que yo
habia de verme sumido
en tal desesperacion...?
y todo porque un malvado
habil, resuelto y feroz
ha tomado por juguete
mis riquezas y mi honor...
Quién podrá ser ese hombre
que con tal obstinacion
en nubes de humo convierte
mi combinacion mejor..
Oh! quien pudiera hacer trizas
el cuerpo de ese ladron!
Dijo asi, y entró un criado
que una carta le entregó
y al romper la negra oblea
le sobrecogió un temblor
inesplicable, y helarse
toda su sangre sintió.

Era muy breve la carta:
en un estenso renglon
decia: *pena por pena*
deshonor por deshonor,
y despues con tinta roja;
Mi bergantin cautivó,
Pando; la nave en que tu
cifrabas tu salvacion:
sufre pues, pena por pena,
deshonor por deshonor.
No exaló siquiera un grito
el comerciante, cayó
en el suelo accidentado,
tanta fué su conmocion.
A poco entró un dependiente,
y al ver á su amo, llamó
y salieron al instante
en busca de un buen doctor.
Julia la bella marquesa
despavorida llegó
junto al lecho en que su padre
yacía inerte y sin voz;
y de llanto y de suspiros
aquel tributo pagó,
que naturaleza exige
como fin á todo amor.
Maquinalmente despues
la cruel carta miró,
que habia causado en un hora

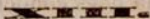
tan grande revolucion;
 leyóla, y creció infinito
 su angustia pues conoció
 la mano que escrito habia;
deshonor por deshonor.

.....

.....

Doblan tristes las campanas,
 resuena lento el fagot
 y un cadáver con gran pompa
 conducen á su mansion.
 No faltan velas de cera
 en un entierro de pro,
 y en el de Pando agradaron
 mucho el órden y el primor.
 Próximo el sol á ocultarse
 tras un rojo pabellon,
 al cementerio el cortejo
 con lento paso llegó,
 y despues se tapió un nicho,
 con una gran inscripcion,
 en que un vate las virtudes
 del difunto describió.
 Llegó la noche, la luna
 tímidamente salió
 entre nubes que anunciaban
 de un huracan el furor
 y un hombre de alta estatura,
 que el entierro presenció,

partió del muelle en un bote
cuando retumbó el cañon.



LA TEMPESTAD.

Cruzan opacas nubes
rápidamente el cielo
y de la noche el velo
cubre la inmensidad,
y sus alas estiende
la bella gaviota
y el bravo mar azota
con gran velocidad.

En amarilla espuma
alza el ola su frente,
hirviendo reluciente
con hórrido clamor,
y el combate se empeña,
desátanse los vientos
y entrambos elementos
batallan con furor.

La nave pescadora,
la flójida barquilla,
siente bajo su quilla
terrible reluchar,
y el marinero osado
coge el rizo á la vela

y la barquilla vuela
sin temer zozobrar.

Y ve el lejano puerto,
la hospitalaria rada
donde podrá abrigada
burlar á el aquilon,
y ve la luz del faro
que magestuoso gira,
y el marino suspira
con triste conmocion.

Y ora orzando su barca,
ora brava cazando,
deslizase cortando
las olas sin temblar,
y gira cual la boya
y al abismo desciende,
y siempre altivo hiende
la espuma el tajamar.

Lentamente se nubla
mas y mas el vacío
y se estiende un sombrío
terrífico crespon,
y las tinieblas crecen
y únense cielo y tierra
con delirante guerra,
é inmensa confusion.

Desata raudó el euro
rugiendo su melena
y rudo y ronco truena

las nubes al rasgar,
y tiemblan los mastiles,
y crujen los tablones
y en cien y cien girones
las velas ve flotar.

Y el marino en la barra
del timon que le guia,
valiente desafia
del mar el gran poder,
y azotale bramando
la espuma en torbellinos,
y le hacen remolinos
cegar y ensordecen;

Y no halla humano alivio,
al dolor que le abruma,
porque es inmensa suma
del mar la potestad,
y es el hombre pequeño
y su fuerza mezquina,
y es grande y lo domina
la fiera tempestad.

Nada mas terroroso
que con ropage denso
ver al espacio inmenso
lentamente envolver
mil nubes enlutadas,
y ver cual centellea
el rayo que azulea
las olas al caer.

Nada mas imponente
 cuando el vendabal zumba
 y horrisono retumba
 el trueno aterrador,
 que el escuchar el grito
 que airado el mar levanta
 grito que á el hombre espanta
 y humilla su valor.

¡Ay! entonces envidia
 el triste navegante
 sobre su nave errante,
 al pobre labrador,
 que descansa tranquilo
 cerca de viva llama
 viendo de la que ama
 el rostro seductor.

Y maldice mil veces
 su misero destino
 y ciego y sin camino
 le arrastra el huracan,
 donde bajo las olas
 en triste sepultura
 sobre una roca dura
 sus sueños concluirán.

Rápida cual saeta
 que parte y mata el ave,
 á una gallarda nave

arrastra al vendabal,
y aunque en rizos cogida
lleva toda su lona
al parecer se encona
con ella el temporal.

Lleva muy bien cerradas
todas las escotillas,
y ya el viento hizo astillas
el tope del mayor,
y penden las escalas
sobre los botalones
y chocan los cañones
con un ronco estridor.

Forman sobre cubierta
extrañas bataholas
al chocarse las olas
con un ruido sin fin;
y al parecer se agitan
infernales dragones,
que lanzan maldiciones
dentro del bergantín.

Porque era el triste barco
que gira y se desploma,
apesar de Mahoma,
un corsario de Argel;
la nave que aterraba
ayer al cristianismo
y hoy hacía si el abismo

arrástrala cruel.

.....
 En la popa del buque,
 y en cámara anchurosa,
 sobre un divan reposa
 envuelto en su albornoz
 el renegado fiero
 sombrío y meditando
 y frases pronunciando
 con triste y lenta voz.

«Donde se hallan, decía,
 aquellas ilusiones
 y célicas visiones
 que amé en mi juventud,
 y poblaban mis sueños
 de sombras lisongeras,
 de plácidas quimeras,
 de amor y de virtud?...

Y su hististérica risa
 se mezcló al estampido
 del trueno y al silvido
 del viento destructor,
 sin que por un momento
 nublase su semblante
 feroz y delirante,
 señales de temor.

«Dónde ocultan los hombres,
 con burla, repelia,
 la fe en que yo creía,

su amor y su lealtad?...
por qué los miserables
hipócritas nos venden,
cuando no las comprenden,
virtud y caridad?...

Y se mezcló al rugido
del huracan violento,
inícuo juramento
que osado pronunció,
y rebrilló en los ojos
del terrible corsario,
un fuego temerario
que al mundo amenazó.

Y se oprimió la frente
con la nervuda mano,
y el mísero pagano
roido por la hiel,
sin religion, sin patria,
sin esperanza alguna
dejó que la fortuna
guiase su bagel.

Y se envolvió en su jaique
y se tendió en la alfombra,
y cual marmorea sombra
allí permaneció;
hasta que se calmaron
los fieros oleajes
y el sol entre celeges
parduzco rebrilló.

Calmóse la tormenta
y al gran mar Océano
apaciguó la mano
del Dios de la bondad,
y en brisas se tornaron
los vientos bramadores,
y el iris su colores
tendió con magestad.

Tristes y consternados
están los marineros,
porque los vientos fieros
han cambiado en ponton
al bergantin hermoso,
que antes veloz volaba,
y hoy los mares surcaba
sin fija direccion.

Se vieron de repente
aunque bastante lejos
los altos aparejos
y el casco colosal
de una bella fragata
magnífica y velera,
que luce en su bandera
el leon inmortal.

Y lanzaron los moros
un lúgubre alarido
que semejó al rugido
de algun tigre al morir
ó al grito que dá el buitre

que al estender su ala
siente certera bala
su corazon hendir.

Los euros han tronchado
los palos, é inclementes
las olas combatientes
partieron el timon,
nada salvarlos puede,
está el bagel perdido,
y en vano es el gemido,
vana la maldicion.

Tambien ha divisado
la nave vengadora
la vista indagadora
de Ahmet Aben Khamsin,
y observa mudo y frio
la fragata arrogante,
que mas á cada instante
se acerca al bergantin.

Resonó un cañonazo
en la fragata hispana,
que ligera y ufana
se quiso chancear,
pero el buque argelino
al parecer dormia
y el impulso seguia
del caprichose mar.

.....
Ahmet lanzó un suspiro

despues de haber mirado
 al bravo mar dorado
 por los rалlos del sol;
 y con segura planta,
 cumpliendo su destino
 lento tomó un camino
 que le llevó al pañol.

XIV.

EL DESTINO.

Gallarda, juguetona y altanera,
 nutridos sus costados de cañones
 y en su mayor luciendo la bandera
 en que brillan castillos y leones,
 una fragata hispana muy velera
 surca el mar con guerreras intenciones
 como el águila cruza el vasto cielo
 con ojo perpicaz y raudo vuelo.

Un enemigo busca muy temido
 Corsario cuyo solo nombre aterra
 á las naves mercantes, y el oido
 lo escucha como el grito de la guerra,
 Aben Ahmet Khasin, el conocido
 en los estensos mares y en la tierra,
 el mas cruel y fiero renegado
 que de su seno el Africa ha lanzado.

Humo son los ensueños de la mente
que embellecen la dulce primavera
de la vida, pues pasan velozmente
con la risa y la blonda cabellera,
y con la confianza y con la ardiente
ilusion que adormece lisongera,
la infantil y entusiasta fantasía
con sus galas de amor y de alegría.

Quién pensara jamás que el bello niño
de tersa frente y de mirada clara,
y de megilla de carmin y armiño,
á quien amante madre contemplara
como el objeto puro de un cariño
que con la fiera muerte terminára,
en los primeros años de su vida
se trocara en infiel y en homicida!

Quién pensara jamás que por do quiera
su nombre se escuchára con espanto,
y tan fatal y maldecido fuera
como el emblema de dolor y el llanto!
Quién á su tierna madre le dijera:
este que adoras con delirio tanto
lleno de oprobio y de pesar profundo
vagará errante por el ancho mundo!

Dónde se oculta el mundanal contento?
dónde se esconde la risueña calma?

no se halla en la mansion del opulento
 ni el pordiosero abrigala en el alma,
 no es tampoco del mas claro talento
 dulce y amiga y bienhechora palma,
 la busca ansiosa en tanto que respira
 y sin hallarla en el dolor espira.

La fragata de guerra ha percibido
 al triste barco sin timon ni guia
 y por su forma al punto ha conocido
 al fiero bergantin que perseguia;
 retronó de un cañon el estampido,
 pero el buque argelino proseguia
 mudo y con las escotas muy cerradas
 batido por las flojas oleadas.

Otra vez el cañon retumbó fiero
 y una bala en el casco sepultóse
 del bergantin, ni un solo marinero
 su cubierta cruzára; apoderose
 de la tripulacion del barco ibero
 una sospecha, y á la vez oyose
 una clara vocina y el sonido
 de un pito, varias veces repetido.

De repente una nube de humo y fuego
 ocultó el bergantin á la fragata,
 y el estampido bronco oyose luego
 que forma una gigante catarata,

al que siguió despues sumo sosiego;
volvió la espuma como blanca plata
á girar caprichosa y juguetona,
y la brisa á gemir entre la lona.

Dónde está tu soberbia, Renegado,
donde está tu ilusion, donde tu gloria?
por siempre en el profundo sepultado
quedó tu orgullo; y de tu triste historia
el secreto á la tumba te has llevado,
tan solo se guardó leve memoria
de su terrible y sanguiniosa saña
en un con fin meridional de España.

EPILOGO.

Súpose en Cádiz la muerte
del temido Ahmet Kamsin
y para muchas personas
fué una noticia feliz.
Otras con indiferencia
el desventurado fin
del argelino cosario
oyeron y los dos mil
episodios sorprendentes
con que se quiso añadir
un novelesco caracter

á un hecho sencillo en sí.

Pasóse tiempo y despues
se solia referir
por incidencia la historia
del terrible Ahmet Khamzin.
Solo una mujer muy bella
sentia un fuego febril
abrazar su corazon
cuando oia repetir
el nombre del renegado,
y de su rostro el carmin
se trocaba en palidez,
y pugnaban por salir
las lágrimas de sus ojos,
porque una edad infantil
recordaba, y los recuerdos
hacian su alma sufrir.

Nadie en mucho tiempo supo
la suerte del bergantin
en Argel, y cuando el alba
alumbraba los ouaddis
desde un terrado una mora
preguntaba veces mil
á las olas y á las auras
por su amado Ahmet Khamzin;
y hasta que en el Occidente
no miraba al sol morir,

muda, pálida y sombría
 estaba perenne allí
 lanzando tristes suspiros
 del corazon infeliz
 y diciendo. «*Mi cristiano*,
cuando te veré venir.»

FIN.

NOTAS.

Kaik: especie de manto ó velo largo que usan las Argelinas.

Guzla: guitarra larga y estrecha en forma de citara.

Kumgli: á los hijos de los turcos y las moras les dan este nombre, porque suelen ser por lo común rubios y muy hermosos.

Zahra: flor.

Dejezzar: sanguinario, terrible.

Ouaddi: valle, vergel.

Satma: Especie de peina que usan las Argelinas.

Mirhab: Torre desde donde rezan los santones.

Khāmsin: huracan, viento abrasador.

Bulbul: Ruiseñor.

INDICE.

I. La Partida.	3
II. Genaro.	6
III. Una historia.	9
IV. El combate.	13
V. El esclavo.	19
VI. El hombre de bien.	25
VII. Julia.	28
VIII. Zhara.	32
IX. El Regreso.	37
X. El Sueño del Codicioso.	44
XI. Ahmet Khamsin y Zahra.	46
XII. La Pena de Talion.	52
XIII. La Tempestad.	58
XIV. El Destino.	67
XV. Epílogo.	70













